

# tablas



1/84



**Libreto Libreto Libreto Libr**

**No. 1**

**MORIR DEL CUENTO**

**Abelardo Estorino**

**Libreto Libreto Libreto Libr**











# Abelardo Estorino

ABELARDO ESTORINO. (Unión de Reyes, 1925). Graduado de Cirugía Dental en la Universidad de La Habana, finalmente se dedica a la publicidad. Su primera obra data de 1954: *Hay un muerto en la calle*, que nunca ha estrenado ni publicado. En 1960 se produce su primer estreno: *El peine y el espejo*. Un año después comienza a laborar en el Teatro Nacional, en su Departamento de publicidad. Allí se estrena *El robo del cochino*, con la que obtiene mención en el Premio Casa de las Américas de ese año. En 1962 suben a la escena *Las vacas gordas*, comedia musical, y *Las impuras*, adaptación de la novela homónima de Miguel de Carrión. *La casa vieja* es estrenada en 1964 y también con ese texto es merecedor de mención del Premio Casa de las Américas. Ese mismo año se estrena *Los mangos de Caín*. Entre 1966 y 1970 fue asesor literario de Teatro Estudio y del Teatro Musical de La Habana. Después comienza su trabajo como director artístico en Teatro Estudio. En ese colectivo ha dirigido: *La discreta enamorada* (Lope de Vega), *Los pequeños burgueses* (Gorki), *Casa de muñecas* (Ibsen), *Tiene la palabra el camarada Máuser* (guión suyo), *El feliz cumpleaños de Lala Rumayor* (Montero Agüero), *Aire frío* (Piñera), *Dos en un cachumbambé* (Gibson) y *Morir del cuento*, estrenada el 24 de septiembre de 1983, entre otras. Ha escrito, además: *El tiempo de la plaga* (1968) y *La dolorosa historia del amor secreto de don José Jacinto Milanés* (1973), así como versiones teatrales, un libreto de zarzuela, un guión cinematográfico y varias obras de teatro para niños. Piezas de Estorino han sido publicadas en Checoslovaquia, Noruega, Suecia, México y Estados Unidos, y han sido montadas por grupos de estos dos últimos países y de Chile.



La escenografía debe ser lo más simple posible para facilitar los cambios; los más imaginativa posible para sugerir la simultaneidad de tiempos. Algunos muebles, los objetos que se indican en el texto y el vestuario ayudarán a crear la atmósfera del pasado.

Los personajes que narran la historia, cuando participan de las escenas podrían, en algunos casos, decir su texto sin incorporarse a ellas, como si recordaran lo que dicen; en otros, deben participar más activamente y utilizar recursos que hagan olvidar su caracterización externa.

#### PERSONAJES

|         |      |
|---------|------|
| Siro    | 1899 |
| Ismael  | 1924 |
| Adela   | 1905 |
| Anciana | 1910 |
| Antonia | 1898 |

Estos personajes tienen al lado el año de su nacimiento. De acuerdo a la fecha que se elija para situar la representación dependerá la edad que tengan. Siempre debe ser después de 1965. Está escrita para 1980.

Sendo  
Tavito  
Delfina  
Lucinda  
Piro  
La Gallega  
La Vieja  
Sargento Pedroso  
2 guardias rurales  
jugadores 1, 2 y 3.  
campesinos 1, 2 y 3  
2 prostitutas  
sus clientes  
utileros  
tramoyistas

## Primer acto

### EL SUICIDIO

*Escenario desnudo. Poca iluminación, preferiblemente cenital. Entra Ismael. Mira a su alrededor, camina por el escenario observándolo todo, usa las manos como visera y mira hacia el público, después hacia arriba, a la parrilla. Desde un lateral salen los tramoyistas cargando un trasto, atraviesan el escenario y se pierden en el fondo.*

ISMAEL. ¡Qué extraño lugar! Nunca había estado en un escenario. Así, tan vacío, parece inmenso. Y allá arriba, lleno de alambres, sogas, todos esos aparatos raros crean una maraña, miro y no se sabe dónde termina. ¿Será tan alto como parece o es la oscuridad? Uno diría que no tiene fin: el cielo mismo.

*(Entra un utilero. Mira hacia arriba.)*

UTILERO. Cuco, ¿resolviste?

VOZ DESDE ARRIBA. Sí. Era una conexión floja.

UTILERO. Pruébala a ver.

VOZ. Es el 15.

UTILERO. *(Grita con las manos como bocina)* ¡El 15!

*(Un haz de luz ilumina a Ismael que se siente descubierto y permanece inmóvil.)*

UTILERO. O.K. Baja. Quieren empezar pronto. *(Sale)*.

ISMAEL. Y aquí quieren representar esa historia. Sin un techo, sin muebles, ni siquiera una silla, con esas paredes sucias llenas de sogas. ¿Qué tiene que ver esto con aquella casa? La histo-

ria no es sólo la gente y lo que pasó, es también la casa, la finca... ¿Cómo pueden representar la historia sin la casa? *(Al público)* Bueno, allá usted. Yo contaré lo que sé, lo que recuerdo. Ustedes deciden.

VOZ. ¡Ismael! ¡Ismael!

ISMAEL. ¿Qué pasa? ¿Quién me llama?

VOZ. ¡Ismael!

ISMAEL. *(Recordando)* Ismael, corre que se soltó el ternero.

VOZ. ¡Ismael!

ISMAEL. Ismael, Ismael, ve a ver los nidales, muchacho. ¿Tú no sabes que a la perra le ha dado por comerse los huevos?

VOZ. ¡Ismael!

ISMAEL. ¡Maldita memoria!

ADELA. *(Entrando en una silla de ruedas)*. ¡Ismael, Ismael! ¿No oyes que te estoy llamando? ¿Tú no me oías? Estoy ahí, en ese lugar oscuro lleno de vericuetos ¡un laberinto! y no hay nadie para ayudarme. Te llamo y no contestas. ¡Ayúdame! Estas ruedas no giran bien, les falta grasa o qué sé yo. *(Mira a su alrededor, recorre el escenario en su silla de ruedas, regresa junto a Ismael, impresionada)*. ¿Qué es esto?

ISMAEL. El teatro.

ADELA. Nunca me lo imaginé así. Siempre lo veía desde allí. *(Señala a las lunetas)*. Colores, mujeres bailando, el negrito y el gallego. Parece un almacén de donde se han llevado la mercancía. *(Le hace señas para que se acerque)*. Oye ¿nos van a pagar algo?

ISMAEL. No sé.

ADELA. ¿Y qué es lo que quieren exactamente?

ISMAEL. Que cuenten lo que sabes.

ADELA. ¿Qué puedo saber yo?

ISMAEL. Diles lo que recuerdas y ya.



ADELA. En este sillón, con la pata que me queda a rastro, sesenta pesos de pensión y la cabeza perdida no sé que voy a recordar. A veces grito porque me estoy orinando y no hay quien venga. Los muchachos se van a la escuela. Adelita por allá, siempre en la cocina o en una cola, y yo trepada en este sillón con unas ganas de orinar que me muero y grito y grito y nadie me oye. Hasta que me orino de verdad. Después viene Adelita y me pelea. ¿Mamá, por qué no llamaste? Llamé, chica, llamé. Encharcada en orine. ¿Tú crees que esto es vida?

ISMAEL. *(Le señala al público)* Mira, Adela.

ADELA. *(Apenada)* Yo pensé que no había nadie. Bueno, lo dicho dicho está.

ISMAEL. ¿Y dónde dejaste a papá?

ADELA. Se quedó en la puerta, hablando con un conocido que encontró.

ISMAEL. ¿A quién conoce el viejo aquí?

ADELA. Uno de por allá. Parece que en una época trabajó en la finca.

ISMAEL. ¡Qué mundo tan chiquito!

ADELA. ¿Cuándo empezamos?

*(Ismael mira al público, da unos pasos indeciso hacia el proscenio. Adela también mira al público, avanza ligeramente. Ismael, al no encontrar respuesta vuelve hacia ella.)*

ISMAEL. Ya nos avisarán.

ADELA. ¿Y qué hacemos?

ISMAEL. Es difícil el papel nuestro. Somos mitad verdad, mitad mentira.

ADELA. Te gusta hacerte el misterioso. ¿Qué quieres decir?

ISMAEL. Nada.

ADELA. Vine porque me lo pidieron y para que no digan. Si esto se demora mucho me voy. *(Pequeña pausa)* ¿Y si me niego a decir lo que sé?

ISMAEL. No lo digas. Niégate.

ADELA. La pensión no me la pueden quitar.

ISMAEL. No te van a quitar nada. Hay leyes.

ADELA. *(Con ironía)*. Sí, ya lo creo. Si lo sabré yo.

*(Siro entra desde el fondo.)*

SIRO. Ismael ¿no te acuerdas de Alfonso, aquel sobrino de... *(Se detiene y mira el escenario: queda fascinado. Da unos pasos observando lo que le rodea. Baja la voz respetuosamente)* Ismael, ¿aquí vamos a estar? ¡Qué raro! No sé con qué comparar este lugar. Es como una iglesia ¿no? Sin altares. Pero es el silencio que hay en las iglesias, digo yo. He estado tan pocas veces en una iglesia y nunca nunca había estado en un lugar así. ¿Qué hacemos?

ISMAEL. Esperar.

*(Una pausa larga. Los tres permanecen en un grave mutismo.)*

ADELA. Siro ¿tú lo vas a contar todo?

*(Siro hace un gesto impreciso con la mano)*

ADELA. Tú estabas allí ese día.

SIRO. Por desgracia. Mira que venir a hacerme recordar aquel día.

ADELA. Yo contaré lo que me convenga. Total, para que después le den la vuelta y todo sea burgueses y explotación.

SIRO. Ay, Adela, nunca has entendido nada.

ADELA. Tú sí.

SIRO. No he tenido luces para entender mucho, pero... ¡reconozco las cosas buenas que se hacen!

ADELA. Yo también. Donde quiera que me paro lo digo. Lo que piense es cosa mía.

SIRO. Claro. Nadie se va a meter dentro de tu cabeza.

ADELA. Eso quisieran.

*(Siro le vuelve la espalda y camina hacia Ismael.)*

SIRO. ¿Tendrá algún sentido recordar todo eso?

ISMAEL. Tú dices que esto parece una iglesia. Iglesia, púlpito, confesionario.

ADELA. No comparen.

ISMAEL. También puede ser un tribunal o el lugar donde se celebra una asamblea: ágora.

ADELA. ¿Cómo?

ISMAEL. Una palabra griega.

SIRO. ¡Ah!

ISMAEL. Si quieren conocer la historia será porque tiene alguna utilidad. Después de tantos años... Como cincuenta. Yo tendría seis años. ¡Cincuenta años! Nací en el 24.

SIRO. El 15 de enero de 1924. ¡Cómo llovía esa noche!

ISMAEL. ¿Cómo puedes acordarte de eso?

SIRO. Tuve que montarme en aquella yegüta prieta y correr cinco leguas para traer la comadrona. *(Mirando a Adela)* Porque entonces no había policlínicos en el campo.

*(Adela le da un tirón a la rueda de la silla y se aleja un poco. Entra Antonia. Viene acompañada por un empleado del teatro.)*

ANTONIA. ¿Es aquí? Mira, si ahí están todos mis parientes. Gracias, ya no me pierdo. *(Se acerca a Adela y la besa)*. ¿Cómo estás?

ADELA. Cada día peor.

ANTONIA. Ay, Adela, no has perdido la costumbre de quejarte. *(A Ismael, en secreto)* Le viene de familia: lloriquean por todo. Siro, y tú estás hecho un pollo.

SIRO. Despiumado.

ANTONIA. *(Señalando alrededor)* ¡Qué lugar tan horrendo! Y ni siquiera hay una silla. *(Al público)* Por favor, compañero. ¿No podrían traerme una silla? *(Inmediatamente entra el utilero con una silla)* Gracias. *(Se sienta)* Bueno, por mí, cuando quieran. ¿Falta alguien?

ISMAEL. *(Al público)* ¿Falta alguien? *(Pausa)* Será cuestión de ponerse a recordar.

ANTONIA. Sí, sí, pero explíquenme bien lo que quieren. Tú, Ismael, tan leído y escrito... ¿Qué vamos a hacer?

ISMAEL. Exactamente, no sé. ¿No hablaron con ustedes?



ANTONIA. Sí, pero todo fue tan vago. Contar lo que recordábamos, lo que más no había impresionado. *(Hace un gesto con las manos)*.

ISMAEL. Ellos quieren hacer una obra de teatro con eso.

ADELA. ¿Y estará bien? Son recuerdos de familia, alguien podría molestarse.

ISMAEL. Los que podrían molestarse ya no viven aquí.

ADELA. Pero allá, están vivos.

ISMAEL. Cambiarán los nombres, cambiarán la historia.

ADELA. ¿Si lo van a cambiar todo para qué nos llaman?

ISMAEL. ¿Tú no diste tu consentimiento?

ADELA. Uno se siente presionado y...

SIRO. Yo no me siento presionado.

ANTONIA. Yo tampoco, Adela.

SIRO. Vine porque quise venir.

ISMAEL. Estamos aquí porque queremos. Y al que no le convenga...

SIRO. Yo lo pensé bien antes de venir y me dije: si me han pedido que lo haga debe ser porque tiene alguna utilidad.

ANTONIA. Claro que sí.

ADELA. Bueno, está bien, esta bien.

ANTONIA. Es que... cuesta un poco de trabajo ¿no?

ISMAEL. Todo es empezar. Uno recuerda cualquier cosa y después...

ANTONIA. ¿Qué recuerdas tú?

ISMAEL. *(Después de una pausa)* Las caras de unas mujeres diciendo que no. Durante toda mi vida he recordado esa imagen. No tiene mucho sentido. Para mí, quiero decir, vuelve... es una imagen que se repite... Muerden un pañuelo y dicen que no con un movimiento de cabeza. ¡Qué curioso! No sé quiénes son, son simplemente mujeres llorosas que muerden un pañuelo y no quieren aceptar algo.

SIRO. Fue muy duro.

ANTONIA. Nadie lo esperaba en aquella casa. ¿Quién iba a suponer...?

ADELA. Pero las cosas venían mal desde hacía tiempo.

ANTONIA. *(Sin aceptar la idea)*. ¡Mal! Uno siempre supone que esas cosas les suceden a otras gentes, en otras familias. *(Pausa)* Yo estaba en la sala y desde la ventana lo vi correr.

ADELA. ¿Tú lo viste desde la ventana?

ANTONIA. Todo. No sé si puede llamarsele ventana a aquel hueco sin barrotes por donde uno veía la guardarraya roja. ¿Te acuerdas?

SIRO. Buena tierra... ¡colorada!

ANTONIA. Pero no se me olvida esa ventana. Allí, en el costado de la casa.

*(Los utileros colocan una ventana. Todos se acercan y miran más allá, donde está la guardarraya)*.

ANTONIA. Me paraba en la ventana y miraba más allá donde estaba Jicarita y veía el cielo negro; se va a acabar el mundo lloviendo.

ADELA. ¡Que fresco entraba por aquella ventana!

ANTONIA. Sacaba la mano y decía: Ya está lloviendo. *(Hace el gesto)*.

ADELA. ¿Ya? Santo Dios y con toda la ropa tendida.

SIRO. Lucinda, cierra las puertas que se va a acabar el mundo lloviendo.

ANTONIA. Tiraban las puertas, corrían a quitar las sábanas de la tendedera, ponían un cubo para recoger agua lluvia.

SIRO. Y Piro, enseguida, entraba los gallos de Sencó.

ANTONIA. ¡Verdad que sí! Cómo se ponía Sencó si se le mojaba un gallo fino.

ADELA. ¿Te acuerdas de aquella vez que se le mojó el Pinto? *(Adela y Antonia se ríen a carcajadas recordando el incidente)*.

ANTONIA. Sí, Sencó cogió el Pinto y...

ADELA. Y después cuando Piro dijo... *(la risa no la deja hablar)*.

ANTONIA. ¿Cómo fue?

ADELA. Sí, Piro trajo el Pinto y... *(más carcajadas)*.

ANTONIA. ¡Verdad! Y Sencó gritando. ¡Ay, Sencó y sus gallos! *(La risa se va aplacando. Se quedan mirando por la ventana)* ¡Cómo llovía! *(Se acerca a Ismael y le echa un brazo por los hombros)* Tú te bañabas en el aguacero. ¡Te encantaba! Encueros corriendo por la tierra colorada.

ISMAEL. *(Melancólico)* Ismael, vas a coger un catarro, muchacho.

ANTONIA. *(Va hasta la ventana, se sienta en el vano)* ¿No escampará nunca?

SIRO. Ya lleva más de una hora lloviendo.

ADELA. Por lo menos refrescó.

ANTONIA. *(Mirando a los demás)* Ya no llueve con aquella fuerza. Cuando pasó el tiempo y yo volvía a la casa miraba la guardarraya y lo veía todo otra vez. Entonces cerraba los ojos, me ponía a cantar o miraba hacia otra parte, ¡cualquier cosa! para no recordar.

ADELA. Ya no queda ventana. Ni casa.

SIRO. Donde estaba la casa levantaron un Tecnológico.

ANTONIA. Tal vez la guardarraya. Tal vez quede la guardarraya ¿no?

ADELA. Supongo que no habrán tumbado la arbolada.

ISMAEL. ¿Te acuerdas de la mata de tamarindo?

ADELA. Sí, el tamarindo.

ISMAEL. Tamarindo, tamarindo.

ANTONIA. Y los mangos. Nunca he vuelto a comer mangos como aquéllos.

ISMAEL. Ay, la memoria. Siempre que huelo leche ahumada me acuerdo de mamá. Me llamaba: Mai, corre que se ahumó la leche. Y yo me pegaba al jarrito con una avidez de cachorro. Después ninguna leche ahumada ha olido como aquélla.

ANTONIA. ¿Tú quieres decir que los mangos no eran buenos?



ISMAEL. *(Se encoge de hombros)* Después me trajeron a vivir a la casa y mamá murió sin que yo volviera a verla.

SIRO. ¿Qué iba a hacer? ¡Tantos muchachos! Yo no podía mantenerlos a todos. Lucinda se encariñó contigo y me dijo: Tráemelo, Siro, aquí puede ir a la escuela y una boca más que importa. Para ellos una boca más no era un problema y yo me quitaba un problema.

ISMAEL. Los primeros días que viví en la casa no podía dormir. Sentía los ruidos de afuera: un caballo al trote, el pitazo de un tren cañero. ¿No han oído a un perro ladrar de noche? Dentro no se movía nada, los mosquiteros me asustaban, blancos, quietos, y las sombras del quinqué que dejaban encendido. No me atrevía a ir al baño y me orinaba en la cama. Como dormía con mi prima, ella me daba dos gaznates cuando sentía la cama húmeda. Después me pusieron un sacó en el suelo y ahí dormía. Hasta que vencí el miedo y me dejaron subir a la cama otra vez.

ANTONIA. No sé cómo cabíamos tanta gente en la casa.

ADELA. La casa.

ANTONIA. Sí, la casa. Uno dice la casa y sabe que es aquélla.

ISMAEL. La casa de tío Sendo.

SIRO. Para ustedes que vivían allí.

ADELA. Siro, tú también eres de la familia.

SIRO. Bueno, yo trabajaba para la familia.

ADELA. No vas a decir que te trataban mal.

SIRO. Trabajaba y me pagaban. Me pagaban mal.

ADELA. Eran malos tiempos.

SIRO. Muy malos. En el 25 subió Machado, en el 26 pasó el ciclón, en el 27 y el 28 ¡no sé!, en el 29 hubo zafra libre pero me pagaban mal y después... ¡después el infierno!

ADELA. A veces todo se junta. Tanta miseria y que de pronto a alguien se le ocurra pegarse un tiro.

ANTONIA. ¿Ya vas a empezar a contarlo?

ADELA. Para eso estamos aquí ¿no?

ANTONIA. Que a ese muchacho, ¡veintidós años! se le haya ocurrido una cosa así. ¡Qué locura! Y sin motivo. Quiero decir un motivo de peso. Mira, aquí traigo su retrato. ¡Qué ojos! Este se lo saqué yo con la camarita Kodak unos cuantos días antes de que... antes de que muriera. Bueno sí, antes de que se matara. ¿No hemos venido a hablar de eso? *(Al público)* ¿Usted no quiere saber los datos, averiguar? Pues sí, se pegó un tiro, levantó la pistola y se pegó un tiro. En pleno mediodía.

ISMAEL. Deja ver el retrato.

ANTONIA. *(Entregándosele)* ¿Ves? Recostado a la baranda del portal.

ISMAEL. Con el sombrero de pajilla.

ANTONIA. Sí, a pesar del hambre la gente se vestía correctamente.

*(Un actor entra con un sombrero de pajilla en la mano. Se lo pone, lo prueba en distintas posiciones como si estuviera frente a un espejo.)*

*Da unas vueltas mirándose, gira bailando, da unos pasos y deja el sombrero sobre una silla. Sale).*

ISMAEL. Ponía el sombrero en el asiento de una silla y nadie se atrevía a tocarlo.

ANTONIA. ¿Quién se iba a atrever? Era el rey de la casa.

ISMAEL. Me gritaba: Ismael, tráeme la toalla.

VOZ DE TAVITO. Ismael, tráeme la toalla.

VOZ DE LUCINDA. Muchacho, alcánzale la toalla a tu primo. ¿No oyes que te está llamando?

ISMAEL. Se vestía con tanta parsimonia... Parecía que no iba a terminar nunca. En el respaldo de la silla el pantalón y la camisa; una camisa muy almidonada que tía Lucinda planchaba con tanto esmero.

ANTONIA. Lucinda era una burra de carga. No sé como podía.

*(Un utilero prepara una silla con lo que Ismael describe).*

ISMAEL. Eso: una silla, un pantalón y una camisa almidonada. La camisa puede ser blanca o de rayitas azules. El sombrero de pajilla colocado en el asiento de la silla. Ahora sólo falta que venga y se vista.

VOZ DE TAVITO. Ismael!

ISMAEL. Dejo unos pedazos de cristales con los que estoy jugando debajo de una butaca. Corro y entro en el baño con la toalla. Está debajo del chorro. No hay ducha, sino un chorro de agua que me salpica. Está contando "Nely, Nely, te quiero".

*(Tavito entra cantando envuelto en una toalla. Se acerca a la silla y comienza a vestirse con extremado cuidado. La luz baja lentamente.)*

TAVITO. ¿Así era?

ANTONIA. Así era.

*(El actor que hace el papel de Tavito se queda en escena y observa todo lo que sucede).*

ANTONIA. Mi hermano Sendo lo adoraba.

SIRO. Y Lucinda mi hermana veía por sus ojos.

ANTONIA. Yo me divertía horrores oyéndole los cuentos. No quiero acordarme. ¡Qué cosas se le ocurrían! *(Suelta una carcajada).*

ADELA. ¿Te acuerdas de él, Ismael? Tú eras muy chiquito.

ISMAEL. Me parece que lo estoy mirando.

SIRO. *(Con un suspiro)* ¡Ay, caray!

*(Todos se quedan en silencio un momento. Se oye el pitazo de un tren que pide vía, como un grito, y después el sonido del tren que se aleja).*

ANTONIA. Traigan una mesa. Una mesa con un mantel blanco, larga larga; en el centro la fuente con el lechón asado y además fuentes repletas de congrí, de plátanos a puñetazos, de ensalada de tomates. Y alrededor la familia entera.

*(Mientras ella habla los utileros arman una mesa de acuerdo a su descripción).*

ANTONIA. Sendo decía: el Domingo voy a matar una lechoncita. Y todos los hermanos veníamos: Ana, con sus tres muchachos; Dimas con su mujer, siempre dispuesta a darse un atracón; a veces hasta Lola, la viuda de mi hermano



Armando venía con sus dos hijas. Poníamos la mesa en el portal del fondo. No era mesa, eran unas tablas sobre unos burros y Lucinda buscaba sábanas almidonadas y las usaba como mantel. ¿Quién va a hacer Lucinda?

*(Interroga al público con la mirada. Una actriz sale del fondo).*

LUCINDA. Yo.

ANTONIA. ¿Usted? ¡Qué va! No se parece en nada. Es muy joven.

LUCINDA. ¿No era joven?

ANTONIA. Era gorda, era fea, ¡la pobre! no sé como mi hermano Sendo se casó con ella.

LUCINDA. No se preocupe, eso lo arreglamos. ¿Qué edad tenía en esa fecha?

ANTONIA. ¿Lucinda? Cincuenta. ¡No! Menos, tal vez. Era más nueva que mi hermano.

LUCINDA. ¿Y qué hago?

ANTONIA. Ponga la mesa, vaya a la cocina, traiga las fuentes, regañe a los muchachos. No se esté quieta un minuto. Eso era Lucinda.

*(La actriz sale. Antonia se acerca a la mesa, la mira, aprobando el trabajo de los utileros).*

ANTONIA. Así, así, casi exactamente así, *(Se mueve alrededor de la mesa)*. Allí se sentaba Lola, venía de tan lejos, Cárdenas, y olía a perfume Coty. Dimas se sentaba aquí, bien cerca del puerco y le escogía a su mujer las mejores masas. Ella decía: No, Dimas, no, no puedo más. Y se zampaba una masa enorme que cogía con las manos. *(Busca al actor que hace el papel de Tavito)* Ven, tú vas aquí. Aquí se sentaba Tavito, pendiente de que a nadie le faltara nada: una rodaja de tomate, unos plátanos fritos, cerveza. Lucinda venía de la cocina con la fuente.

LUCINDA. *(Entrando)* Aquí hay más congrí. Que nadie se me quede con hambre. ¿Lo oyeron?

ADELA. *(Acercándose a la mesa)* Lucinda, ¿quieres que te ayude?

LUCINDA. Ay, Adela, sí. Ocupate de los muchachos. Sirvele a Enriqueito, el de Tomás, que tú sabes como es.

ADELA. Y yo corría de aquí para allá, sin parar, sin parar ni un minuto.

ANTONIA. ¿Y tú Siro?

SIRO. ¿Yo?

TAVITO. Siéntate, Siro. Hala una silla y que te abran lugar ahí.

SIRO. No, no, mira la ropa que tengo.

TAVITO. Qué importa, estamos en confianza.

ADELA. ¿Y te vas a perder ese puerco?

SIRO. Yo como en la cocina. *(Al público)*. Sí, yo comía en la cocina.

*(Va a salir. Ismael se le acerca y lo lleva aparte).*

ISMAEL. Te humillaban, papá. ¿Por qué dejabas que te humillaran?

SIRO. Ah, Ismael. No me humillaban. Yo era un trabajador de la finca, cortaba caña y estaba lleno de tierra. Comía en la cocina. Yo sabía cuál era mi lugar. No podían humillarme. Se humilla al que quiere estar donde no debe.

ISMAEL. Tú eras de la familia, hermano de tía Lucinda.

SIRO. ¿Y qué?

ISMAEL. Tenían que sentarte a la mesa.

SIRO. Deja eso. Había cosas peores.

ISMAEL. ¿Cosas peores?

ANTONIA. Cállate, Ismael. Si se ponen a discutir no vamos a salir nunca de aquí. *(Transición)* Adela ¿dónde se sentaba Piro?

ADELA. El pobre Piro ¡qué atracones se daba!

ANTONIA. Ese marido tuyo no tenía para cuando acabar.

*(Piro se sitúa en su lugar junto a la mesa).*

ADELA. Piro, te vas a enfermar.

PIRO. Si yo maté el puerco, si yo limpié el puerco, si fui yo quien sazoné y asé el puerco, yo acabo con el puerco.

TAVITO. ¿Y dónde se habrá metido Delfina? ¿Me la secuestraron?

PIRO. Muchacho, cómete el puerco y olvida a Delfina, que el puerco se acaba y las mujeres son eternas.

ANTONIA. *(Trayendo a Delfina)* Aquí la tienes. Nadie te va a robar tu tesoro. Mírala, parece una mariposa.

TAVITO. ¿Dónde andabas?

DELFINA. Ayudando a Lucinda en la cocina.

TAVITO. No te me vayas. Nunca te alejes de mí. El día que tu me faltes hago así, saco una pistola *(con un dedo en la sien)* y ¡pun! se acabó Tavito para siempre.

*(Entra Sendo: ropa de trabajo y un gallo fino en la mano).*

ANTONIA. Vaya, miren quien está ahí. ¡Sendo!

ADELA. ¡Sendo, caray!

PIRO. Sendo Valladares en persona.

DELFINA. Sendo, se le escapó al diablo.

TAVITO. El viejo Sendo, vivito y coleando.

LUCINDA. ¡Sendo! ¿Dónde andabas?

SENDO. Me cogió tarde en la valla. Yo mandé a decir que empezaran sin mí.

DELFINA. Pero no es igual.

SENDO. *(Pone el gallo sobre la mesa)* Mira que estampa. Este campeón me hizo ganar veinte monedas.

PIRO. ¿Lo echaste?

SENDO. Y destripó al prieto de Manolo.

TAVITO. Eso es bueno. ¿Peleó bien?

SENDO. Lo dejó boqueando. Que Manolo se coma un arroz con gallo porque el Prieto no vuelve a pisar una valla. Piro, llévatelo y cúrale esa herida debajo del ala.

*(Piro coge el gallo y sale).*

SENDO. *(A Delfina)* ¿Y qué te estaba diciendo ese mentiroso cuando yo entré?

DELFINA. Dice que mi ausencia lo mata.

TAVITO. *(Canta)* Ausencia quiere decir olvido...

SENDO. No le creas nada, Delfina. Te ofrece caramelos para engatuzarte.



TAVITO. Lo que pasa es que usted la quiere para su gallinero.

SENDO. ¡Gallinero! Esta muñequita de biscuit no pega en un gallinero. Pero está bien, me la llevo. *(Toma a Delfina por un brazo y la atrae hacia sí. Le entrega a Tavito la pistola que trae al cinto)*. Toma, demuéstrale que es verdad lo que estabas diciendo.

*(Tavito levanta la pistola y se la lleva a la sien. Lucinda corre hacia él y le baja la mano)*.

LUCINDA. No juegues. Ni de juego te llesves esa pistola a la cabeza.

TAVITO. Vieja, si tiene el seguro puesto. ¡Miral! *(Silencio. Levanta la pistola hasta la sien y dispara)*. ¿Ves? Hace clic, no hace ¡pun! *(Carcajada general)*.

PIRO. Dame esa pistola, muchacho.

*(Piro se acerca, le quita la pistola y se la devuelve a Sendo. Entra un campesino corriendo, casi sin aliento)*.

CAMPESINO 1. Sendo, Sendo, se está quemando la caña.

SENDO. ¿Candela?

CAMPESINO 1. Candela.

LUCINDA. Ay, Dios mío. ¡Candela!

SENDO. ¡Lo único que me faltaba! ¿Dónde?

TAVITO. ¿Qué pasa?

SENDO. La caña cogió candela. *(Al campesino)* ¿Dónde, chico?

CAMPESINO 1. Allá atrás, después del río.

SENDO. ¿En vuelta de Florencio?

CAMPESINO 1. No, entre la carretera y el palmarito.

SENDO. Y con este viento. ¡Piro, ensillame el caballo! ¿Quiénes están allí?

CAMPESINO 1. Cundo, que vive cerca y Pinto y el Isleño.

SENDO. Corre y llama a la gente de Jicarita. ¡Lucinda, dame los guantes! *(El campesino va a salir)* Oye ¿es mucho?

CAMPESINO 1. Lleva una hora ardiendo. *(Sale)*.

SENDO. ¡Lucinda! Y el Central no me la muele, carajo. ¡Lucinda!

LUCINDA. *(Con los guantes)* No los encontraba.

SENDO. Vamos, Piro.

TAVITO. Yo también voy.

DELFINA. ¡Octavio!

TAVITO. Después voy por tu casa.

*(Los hombres salen. Las mujeres recogen la mesa)*.

LUCINDA. Cuando hay candela me quedo con el corazón en la boca.

ANTONIA. ¿Qué le va a pasar?

LUCINDA. Ya Sendo no es ningún muchacho.

DELFINA. Pero es saludable, Lucinda.

LUCINDA. *(Tocándose el pecho)* Se agita. Y el médico me lo ha dicho... Un día se queda en un cañaveral ardiendo.

ISMAEL. Siempre recuerdo los fuegos que sucedían de noche. Un reflejo rojizo en el cielo y al otro día la paja quemada volaba con el viento deshaciéndose en ceniza en el patio de la escuela.

ADELA. Allá se iba. Y junto con los trabajadores se metía en el fuego, como uno más ¡sí señor!, cortaba caña, daba contracandela, corría en el caballo dando órdenes.

*(Piro aparece tiznado. En la cara negra se destacan los ojos asustados. Se acerca a Adela con una palangana y una toalla)*.

PIRO. Aquello era el infierno. Se tiró del caballo y se metió entre las llamas. Se me perdió entre el humo y las llamas y los gritos y la gente corriendo. Cuando vine a ver estaba al lado mío: "Piro, ¿estás comiendo mierda? Corta ahí, pegado a la candela". Yo sudaba como un río. Casi no podía respirar. Cuando lo volví a ver andaba otra vez a caballo gritándole a Jacinto: "Si cruza el río nos quedamos sin caña para toda la zafra". Cundo y José cortaban como unos locos, ahí, cerquita de las llamas, para que la candela no cogiera la caña detrás de los algarrobos. Se pegó a cortar con ellos. ¡Qué viento! Las chispas volaban. Hubo que dar contracandela a todo lo largo para defender la caña vieja. No sé que tiempo duró aquello. Cuando me di cuenta ya no había sol. Me eché bocarriba en la tierra. Sendo estaba tirado un poco más allá y gritó: salvamos la zafra, carajo.

SIRO. Su zafra.

ANTONIA. Siempre fue así.

ADELA. Se pegaba como un mulo.

ANTONIA. Por eso llegó a tener tanta tierra. Cuando la gente lo veía llegar con las botas enfangadas y la camisa chorreando sudor no pensaba que era el dueño de cien caballerías. Trabajando se hizo y nunca dejó de trabajar para mantener lo que tenía.

ISMAEL. Era su caña. Y la caña quemada no rinde igual. Si no la salvaba, el Central no se la molía.

ADELA. Mira que tú eres una gente extraña, Ismael. Te recogieron en aquella casa, te vistieron y te educaron ¡como a un hijo! Y dices las cosas en un tono.

ISMAEL. Me vistieron y me educaron porque ese viejo que está ahí trabajaba para él y con lo que ganaba no podía vestirme ni educarme.

SIRO. No podía, no. Y éso que trabajaba como un buey.

ADELA. Piro también trabajaba para él, era su hermano y no se hizo rico. Y no hablaba así.

SIRO. No todo el mundo es igual, Adela. Piro le cuidaba los gallos. Yo trabajaba en la zafra, le cortaba la caña. En el tiempo muerto me las arreglaba con lo que se presentara. Como era su cuñado a veces me daba algún trabajito y mi hermana Lucinda que siempre haló para la familia... coge un poco de manteca, una pseta por aquí y así pasaba lo peor.

*(Sendo se acerca a Siro)*

SENDO. A ver. Vamos a liquidar esto que ya es tarde.



SIRO. Debe haber un escritorio. De esos grandes con tapa de corredera y muchas divisiones y gaveticas. Allí era donde Sendo hacía los vales.

SENDO. No hay un escritorio así.

SIRO. ¿Y no pueden conseguir uno? Porque esos escritorios...

SENDO. No. no. Aquí en el teatro no lo hay. Y es muy difícil encontrar un escritorio de esos. Lo hacemos aquí. *(Señala una mesa)* Uno se imagina que es un escritorio ¿no?

SIRO. Bueno. Todas las tardes me paraba al lado del escritorio, nos parábamos, esperando a que nos hicieran el vale.

*(Sendo acerca la silla a una mesa y la convierte en lugar de trabajo. Entra un grupo de campesinos con sacos en la cabeza para cubrirse de la lluvia).*

SENDO. ¿Llueve?

CAMPESINO 1. Railes de punta.

CAMPESINO 2. El agua no me dejó seguir trabajando. Parece que no quiere que yo coma.

COMPESINO 1. Pero te quita la sed.

SENDO. Dime, Tano.

CAMPESINO 2. Dos y media.

SENDO. Dos y media. Aquí tienes. *(Le entrega un vale)* Y no vayas mañana.

CAMPESINO 2. Pero... pero usted no puede hacerme eso, Valladares.

SENDO. ¿Qué quieres que haga? No tengo trabajo. La gente de Genero resuelve lo que queda.

CAMPESINO 2. Pero es que... si no trabajo...

SENDO. Lo siento, Tano, te juro que lo siento. *(El campesino 2 sale)*. Vamos, Siro. Se me parte el alma, pero ¿qué puedo hacer? Dime, Siro.

SIRO. Doscientos cincuenta.

SENDO. Bien. Cincuenta centavos. Te voy a hacer el vale por 60 para que vayas cómodo.

SIRO. Lo necesito en efectivo.

SENDO. Ese no es el trato.

SIRO. Sólo por hoy. Tengo un muchacho enfermo.

SENDO. Dale un cocimiento.

SIRO. No todo se cura con cocimiento.

*(Lucinda aparece y mira a Sendo).*

SENDO. Vaya, coge los cincuenta kilos y lárgate. *(Siro coge el dinero y sale).*

SENDO. Sí, ya lo sé, es tu hermano, pero no puedo.

LUCINDA. Yo no he dicho nada.

SENDO. No hace falta. Yo lo ayudo en todo lo posible. Ya le recogimos el muchacho. Ismael vive aquí como si fuera uno de los nuestros, que si ropa que si zapatos. ¿Qué más puedo hacer? Ni siquiera sé cuánta caña voy a molar este año y estoy de deudas hasta aquí.

LUCINDA. Vende la finquita del Algarrobo.

SENDO. No me entenderás nunca. ¡Nunca! He cargado contigo veinte años y al cabo de veinte años, que me he matado día a día para

comprar la tierra, para que sea mía, para saber que soy dueño de la tierra que piso, que quiero esa tierra para dejársela a mis hijos cuando me muera, me dices que venda el Algarrobo. Y nada menos que el Algarrobo.

LUCINDA. No produce nada.

SENDO. ¿Cómo lo sabes? ¿Tú la trabajas? Esa fue la primera finca que tuve y allí me entierran. *(A Tavito, que se acerca)* Si tienes hambre, cómete la tierra, pero no la vendas. Uno pasa toda su vida dándole vueltas a una idea y yo hace tiempo que pienso en una sola cosa: cuando me muera le dejaré a mis hijos un pedazo de tierra para que la trabajen toda su vida. ¿Qué te parece, mi'jo?

TAVITO. No me imagino donde voy a estar yo cuando usted se muera.

SIRO. Eso no fue lo que dijo. Dijo: ¿Cómo puedo saber hoy donde voy a estar yo el día que usted se muera? Y le dio un golpe en la barbilla.

TAVITO. ¿Cómo puedo saber hoy donde voy a estar yo el día que usted se muera? *(Le da un golpe en la barbilla).*

SENDO. Dondequiera que estés un pedazo de tierra será tuyo.

TAVITO. Viejo, usted se mata trabajando, ¿y para qué? ¿Qué se va a llevar cuando se muera?

SENDO. Me moriré tranquilo. ¿Qué te vas a llevar tú?

TAVITO. ¿Yo? *(Rie sin saber qué contestar).*

SENDO. Claro, a tu edad a uno le parece que no se va a morir nunca. ¡Toda la vida por delante! Cuando se llega a la mía hay que aprovechar hasta el último minuto. Ya me entenderás.

TAVITO. No, no voy a entenderlo nunca, porque yo creo que un viejo como usted no se va a morir nunca. Como la ceiba.

ISMAEL. Buena comparación: como la ceiba. Hay un libro que la describe así: árbol silvestre, el más grande de todos, el gigante de los campos, que con cien brazos abiertos parece amenazar los cielos eternamente. Eternamente.

ANTONIA. Lo dices con un dejo de burla.

ISMAEL. Bueno, ya no amenaza.

ANTONIA. No amenazó nunca. Y no voy a permitir que se hable mal de mi hermano. No puedo, no puedo permitirlo. Sufrió mucho toda su vida. Luchó y luchó y total... ¿para qué! Parece que es verdad que nada dura eternamente. Tantos años sacrificándose y... *(Contiene un sollozo)*. No debía haberme puesto así. No me hagan caso. Pero es que yo era la más chiquita de los hermanos y él me consintió mucho. Me consintió tanto que... Ah, siempre he sido una comiemierda.

ISMAEL. Perdóname.

ANTONIA. No te preocupes. Es que tus recuerdos son distintos. Parece que hablamos de dos hombres diferentes.

ISMAEL. Es que en realidad yo pienso que...

SIRO. Está bueno ya, Ismael.



(Ismael se aleja de Antonia. Ella se acerca a Sendo).

ANTONIA. Yo no quiero que usted se lleve una imagen falsa de mi hermano.

SENDO. Estamos aquí para eso. Para que ustedes cuenten lo que saben. Y los recuerdos suyos son tan importantes como los de los demás.

ANTONIA. Usted sabe, Sendo fue para mí más que un hermano. Mire ¿ve esta sortija? Es buena, esa piedra vale mucho y está montada en oro dieciocho. Cuando me fui a casar... ¡Yo era una chiquilla! Aunque ahora me vea así hecha un carcamal... Bueno...

SENDO. Tiene una dentadura muy linda.

ANTONIA. Siempre estuve muy orgullosa de mis dientes. Y todavía casi casi todos son míos. Cuando me fui a casar Sendo me preguntó qué regalo quería. Y no titubí, se lo dije enseguida: ¡Quiero una sortija de brillantes! Y aquí está. Me la regaló el día de mi boda y nunca me la he quitado.

SENDO. (Le toma la mano para verla) Es muy linda.

ANTONIA. ¿Verdad que sí? Usted es un gran artista. (Sendo hace un movimiento con la cabeza) Sí, yo lo he visto como habla, camina, hace así y se mueve, mira... ¡parece de verdad todo lo que hace!

SENDO. Mañana saldrá mejor.

ANTONIA. ¿Mañana?

SENDO. Sí, mañana.

ANTONIA. ¿No le ocurre a veces que le parece que las palabras no tienen sentido? Repita despacio: Mañana, mañana, mañana.

SENDO. Mañana, mañana, mañana...

ANTONIA. ¿Ve? ¿Qué tiene que ver ese sonido con lo que usted quiso decir? No me haga caso. Soy una vieja arterioesclerótica. (Se aleja)

(Tavito se acerca a Sendo).

TAVITO. Déjame ver la pistola. (Sendo se la quita de la cintura y se la entrega). ¿Esta es la que voy a usar?

SENDO. Esa me dieron.

TAVITO. (A los otros) ¿Era como ésta?

ADELA. No sé. No entiendo de esas cosas.

SIRO. Como ésa, sí. Recuerdo la pistola perfectamente: era alemana.

TAVITO. Sí. Una Lúger. ¿Ve? Se carga aquí. Ah, no hay balas, claro. Aquí está el seguro. Es una buena pistola. Este modelo debe ser viejo. (La rastrilla, la maneja, se la cambia de mano, apunta, mira por el cañón, etc). Con ésta se va a matar.

ANTONIA. Sendo la usaba al cinto. Cuando llegaba del trabajo la ponía encima del escritorio. Allí la veía.

ADELA. ¡Siempre me han dado miedo las armas!

ANTONIA. Al acostarse la dejaba en la mesa de noche, cerca, donde pudiera alcanzarla. Total, no la usó nunca.

SIRO. ¿Nunca?

ANTONIA. Nunca, Siro, nunca.

(Pasa una pareja de la Guardia Rural).

ADELA. Después de ... después de aquello se compró otra.

TAVITO. ¿Y ésta?

ADELA. ¿Esa? Nunca apareció.

(Se hace un silencio. Todos se miran unos a otros. De pronto, suena un disparo).

SENDO. Piro, ¿dónde está la pistola?

PIRO. No sé.

SENDO. ¿Cómo no vas a saber? ¿Tú no estabas allí?

PIRO. Sí, pero... Después que... cayó al suelo, lo cargué, lo cargué y lo traje para acá.

ISMAEL. Nos fuimos a jugar al platanal. No nos dejaban entrar a la casa. Dábamos vueltas, nos acercábamos, mirábamos por las ventanas. Nadie nos regañaba. La gente se acercaba y nos acariciaba la cabeza. Me tiré en el suelo del portal y vi entrar las coronas. En un rincón de la sala unas mujeres decían que no, movían la cabeza como diciendo que no y mordían los pañuelos. Tía Lucinda se sentó en un sillón, junto a una corona inmensa que tenía una cinta. Una cinta con letras doradas. Yo sabía leer ya, pero desde el portal era muy difícil distinguir lo que decía.

(Un utilero trae la corona y el sillón. Algunas sillas de tijeras. Unos campesinos se acercan a Lucinda, le dan la mano, después llegan hasta donde está Sendo, musitan un pésame. El les estrecha la mano mecánicamente y les vuelve la espalda. Entra una pareja de la Guardia Rural y lo saluda. Sendo se pasea inquieto o se sienta meditabundo. Antonia se acerca y le abraza la cabeza.)

ANTONIA. ¿Quieres café?

SENDO. (La mira sin entender) ¿Café? (De pronto) ¡Piro! (Camina, buscándolo) ¡Piro! (Lo encuentra y lo lleva aparte) ¿Qué te dijo? ¿No te dijo nada?

PIRO. No pudo hablar. Tiró la pistola y...

SENDO. ¿Tiró la pistola?

PIRO. Sí. Disparó, y tiró la pistola.

SENDO. ¿Dónde está?

PIRO. La tiró con tanta fuerza que fue a caer en la caña.

SENDO. ¿No cayó en la guardarraya?

PIRO. No la vi. En la guardarraya no la vi.

SENDO. Búscala.

PIRO. Ya busqué. No aparece.

SENDO. Búscala, te digo que la busques.

PIRO. Es que...

SENDO. ¡Corta la caña! Corta toda la caña y búscala. Quiero verla. (A los campesinos) Vayan con él. (Piro y los campesinos salen).

LUCINDA. Tavito Tavito Tavito... (Como una leñanta repite el nombre)

SENDO. No lo llames. ¿Para qué lo llamas? Me quitó la pistola, usó mi pistola. No quería vivir con nosotros y me robó la pistola.



ANTONIA. Lo vi desde la ventana. Empezaron a cortar la caña para buscarla.

ISMAEL. Piro caminó hacia la guardarraya y yo fui detrás. De pronto se detuvo y se quedó mirando la tierra. Me acerqué y miré yo también: había un charco de sangre: Tavito.

SENDO. ¿Apareció?

PIRO. No.

SENDO. No es posible. No la buscaron bien. Una pistola no puede perderse así.

ADELA. Nunca apareció.

ISMAEL. No es posible. Una pistola no puede perderse así.

ADELA. Piro me contaba que la buscó y la buscó y...

ISMAEL. ¿Nunca apareció?

ADELA. Nunca.

*(Se oye la canción "Nely, Nely" con el sonido característico de un disco tocado en una vieja victrola. La pareja de la Guardia Rural atraviesa el escenario).*

ISMAEL. Pasé el tiempo de Machado en casa de tío Sendo.

GUARDIA. Valladares ¿cómo va eso?

SENDO. Lléguese. ¡Lucinda! Cuela un poquito de café.

GUARDIA. No se moleste.

SENDO. ¡Qué molestia...! Vamos, en el fondo hace más fresco. *(Le echa un brazo por los hombros al guardia y salen).*

ISMAEL. Machado... ¡Cómo comí harina! Pero cuando pienso en la casa la asocio siempre con la victrola. ¡Qué maravilla! Estaba en una esquina de la sala. Un mueble oscuro, de caoba, que ejercía una fascinación sobre nosotros, los muchachos. Poner un disco era descubrir el misterio que nos habían prohibido. Y eso era lo que nos atraía más. Después que Tavito se mató Lucinda convirtió la victrola en un objeto de culto.

LUCINDA. ¿Qué hacen ahí? Váyanse, váyanse a jugar a otra parte. ¿No respetan nada? ¿Cuántas veces les he dicho que eso no es para jugar? Quiten las manos sucias de encima de ese mueble. ¡Dios mío, con lo que le gustaba!

*(Los utileros traen la victrola y la colocan en el escenario. Lucinda comienza a limpiarla con un paño. Mientras la describe, Ismael la muestra a los espectadores).*

ISMAEL. ¿Ven? La tapa se agarra por esta manilla y se levanta. Los resortes de los lados la mantienen en esa posición. Esta es la manigueta para darle cuerda. Entonces se coloca la bocina, dorada, con filigranas. Una cornucopia llena de sonidos. Por aquí sale toda la sonoridad de los años veinte. Debajo tiene estas puertecitas y dentro las divisiones que sirven para guardar los discos. Aquí están. "La voz de su amo". ¿Qué hay aquí? Un diálogo de Regino y Luz Gil. Este otro es magnífico: Rita Montaner cantando "El Manicero". Y éste... ¡Ah!

¿Ponemos éste? En aquellos días era el favorito de Tavito.

*(Ismael le da cuerda a la victrola y pone el disco. Se oye la música).*

LUCINDA. *(A Tavito)* Ahora vienes con un disco y quieres hacer una fiesta. Y yo temblando, me paso la vida temblando, porque tú sabes bien que tu padre no entiende esas cosas. Para él vivir es trabajar, trabajar y trabajar.

TAVITO. Y para mí también, pero hoy no estoy viviendo. *(Llama)* ¡Antonia, oigan esto! Es lo más grande que se ha hecho en música. El ritmo más frenético de la historia. *(Comienza a bailar y a cantar siguiendo el disco. Lo rodean Lucinda, Antonia, Adela, Ismael y Piro)* Vamos. Adela, baila el chárleston.

ADELA. No, no, Tavito, no seas así.

TAVITO. ¿No te gusta?

ADELA. Piro dice que es inmoral. Enseñando las corvas.

PIRO. Y es verdad. Mi mujer no le enseña las corvas a nadie.

TAVITO. Baila, Adela, baila y olvídate de Piro, de la inmoralidad y de las corvas. ¿Y tú, Antonia?

ANTONIA. Mientras más inmoral, más me gusta. *(Antonia marca unos pasos. Todos se divierten. Entra Delfina: todo voile, todo a punto de volar, transparente, evanescente, casi inmaterial.)*

TAVITO. ¡Delfina! No, el chárleston no es para tí. Tú naciste... para el fox. *(Cambia el disco. Pone una música lenta, la toma por la cintura y se alejan hacia otro espacio mientras bailan).*

TAVITO. El día que te descubrí fue milagroso.

DELFINA. Cristóbal Colón, tú no me descubriste. Yo existía siempre.

TAVITO. Yo descubrí estos ojos mientras ballaba contigo. *(Los besa)*. No tenían luz. Y después de verme se encendieron. Y teniéndote aprendida me di cuenta de que acababas de nacer, porque sentía tu sangre ardiendo. No te rías. Tú no existías.

DELFINA. Me habías visto toda la vida. Desde que estábamos en la escuela.

TAVITO. Esa era otra Delfina. La mía nació bailando, nació aquella noche bailando conmigo.

DELFINA. ¿Y estás seguro de que yo soy tuya?

TAVITO. Tan seguro como que me llamo Octavio.

DELFINA. ¡Bah! Todo el mundo te dice Tavito.

TAVITO. Pero tú no. Somos Octavio y Delfina y estaremos juntos toda la vida. La vida entera, como diría un poeta. Porque descubrirte fue saber las posibilidades que yo tenía.

DELFINA. Te gusta halagarme.

TAVITO. No, es la verdad. Nosotros, en mi familia, somos muy primitivos. Mi padre, que es un gran hombre, ha vivido trabajando como un mulo. No se puede decir de otra manera. Como un mulo. Ha trabajado para poder salir de la miseria en que vivió siempre y no ha tenido tiempo para otra cosa. Trabajar, trabajar. Los tuyos, tu gente, es de otra manera.



Saben disfrutar del ocio. Tu casa es como un juguete, llena de sombras, de helechos, cortinas, adornos y persianas: un remanso. Cuando estoy allí me doy cuenta que vivir puede ser distinto. Ustedes hablan en voz baja y se llevan la servilleta a los labios con una naturalidad que parece estudiada durante siglos.

DELFINA. ¡Descarado! Te burlas. Te estás burlando descaradamente.

TAVITO. No. Yo no cambiaría a mi padre por el tuyo. ¡Ni soñarlo! Pero me gustaría vivir contigo de esa forma que tu padre te ha enseñado a vivir.

DELFINA. Nada te lo impide.

TAVITO. Nada. *(Pausa)* Nada. Uno dice "nada te lo impide" y se asusta. ¿Tú no?

DELFINA. Yo estoy segura de lo que quiero. *(Lo besa)* Puede que mi vida y mi casa no sean tan maravillosas como a ti te parecen.

TAVITO. Para ti. Tú haces cada día, sin darte cuenta, los gestos que me tienen loco. Por suerte para ti.

DELFINA. ¡Qué vanidoso!

TAVITO. ¡Qué enamorado!

DELFINA. ¿Y tú quieres que te crea?

TAVITO. ¿Por qué no?

DELFINA. Porque los hombres dicen las mentiras más grandes del mundo para no aburrirse.

TAVITO. ¡Qué felicidad! Poder vivir sin decir una sola mentira en la vida.

DELFINA. ¿Quién se opone?

TAVITO. Si tú fueras hombre te asustaría diciéndote verdades.

DELFINA. Y me dices mentiras.

TAVITO. Me callo.

DELFINA. Prueba a decirme verdades.

TAVITO. Por lo que recuerdo de cómo se llevaban mis padres no debería pensar en casarme.

DELFINA. No puede ser tan terrible. Cuéntame.

TAVITO. No. Mejor te digo mentiras: puedo decir que se amaron a la primera mirada, que él la buscaba por las calles, la perseguía en los parques, se la comía con los ojos dondequiera. Te aseguro que después que se casaron nada cambió: ella lo esperaba bordándole un pañuelo y él regresaba con la impaciencia de siempre. Ay, si hubieras podido oír las frases que se decían.

DELFINA. ¿Te imaginas que voy a creerte?

TAVITO. Piensa lo que te dé lá gana.

*(La luz ilumina a Sendo y Lucinda en otra parte del escenario)*

LUCINDA. ¿Te imaginas que voy a creerte?

SENDO. Piensa lo que te dé la gana.

LUCINDA. Para tí soy un trapo de cocina.

SENDO. Déjame trabajar, tengo que terminar estas cuentas.

LUCINDA. Cuentas, cuentas, negocios. Eso me dices a mí, pero después vas a meterte allá.

SENDO. Déjate de estar inventando.

LUCINDA. Todo el mundo lo dice.

SENDO. No te pongas a oír chismes.

LUCINDA. Chismes. Te conozco bien. ¡Cochino! SENDO. A ti también te gusta el fango.

LUCINDA. Te han visto entrar en la casa. ¿Qué buscas? ¿No te da vergüenza?

SENDO. Estoy muy viejo para darte explicaciones.

LUCINDA. Pero te comportas como un muchacho. ¿Qué necesidad tienes de visitar una de esas casas?

SENDO. Lo peor que le puede ocurrir a un hombre es cargar con una mujer a la fuerza.

LUCINDA. Me hubieras dejado sola.

SENDO. ¿Con una barriga? Sí, claro, tu madre no lo hubiera visto mal.

LUCINDA. Respeta por lo menos que está muerta.

SENDO. Sí, sólo sus huesos merecen respeto.

LUCINDA. *(Se tapa la cara con las manos)* ¡Ay, Dios! ¿Qué tiene que ver mi madre en todo esto?

Tú, con aquella camisa llena de sangre tocándome a la ventana del fondo para que te abriera, tan asustado que empezaste a llamarme a gritos. Mi hermano Siro, que dormía conmigo me dijo: Lucinda, tu nombre, están gritando tu nombre. Suerte que aquel bohío donde vivíamos estaba en casa del diablo.

SENDO. Cállate. Eso no tiene nada que ver con lo que estamos discutiendo.

LUCINDA. Todo se junta. La noche, y la sangre y el desprecio con que me tratas.

SENDO. Te portaste bien conmigo.

LUCINDA. Y tú también. Te portaste bien conmigo. Nació Tavito y me pediste que me fuera contigo. Para esto: para lavarte la ropa, para tener la comida lista, para esperar de noche y que no llegues.

SENDO. ¡Cállate!

LUCINDA. Ahora cállate. Tengo que olvidarme de la sangre. Pues ya la olvidé. Nunca gritaste mi nombre, nunca fuiste a mi casa aquella noche, nunca te lavé la camisa.

SENDO. Te has pasado la vida echándome en cara que lavaste la camisa.

LUCINDA. Nunca. Mentira. Nunca te había hablado de eso. Como si no hubiera pasado.

SENDO. Pero siempre has estado exigiendo que te lo agradezca.

LUCINDA. ¡Dios! Ojalá me hubiera muerto esa noche.

SENDO. Me voy.

*(Sendo sale. Un utilero le entrega a Lucinda una camisa manchada de sangre. Ella la mira asustada y la esconde. Después corre hacia el fondo gritando).*

LUCINDA. ¡Tavito, Tavito!

ANTONIA. No, eso no puede ir. Yo creo que no podemos disgregarnos. Si contamos la historia de toda la familia no terminamos nunca. Mi hermano peleaba con su mujer, sí, es verdad, y Lucinda se quejaba, como todas las mujeres, porque llegaba tarde, porque... ¡como todas las mujeres! ¿Pero qué relación tiene con lo que hemos venido a contar? No le veo ni pies ni cabeza.

ISMAEL. Yo no estoy tan seguro.



ANTONIA. ¡Ah! ¿Qué puedes saber tú? Eras un chiquillo culicagao. No puedes acordarte de nada.

ISMAEL. *(Señalando al público)* Pero es que ellos se proponen encontrar las motivaciones más profundas...

ANTONIA. "Las motivaciones más profundas". ¿Ismael, tú crees que eres un locutor de radio? Contaremos lo que recordemos de ese día y nada más. A eso hemos venido.

ADELA. Es lo que yo digo. ¿Qué va a pensar la familia? La semana pasada recibí una carta. Atrasada, claro. Tú sabes que a veces demoran hasta dos meses, pero...

ANTONIA. Bueno, Adela no tenemos que contar con ellos. Se fueron y allá están. Nosotros estamos aquí.

ADELA. Sí, aquí, como no, aquí. A mí me lo vas a decir.

SIRO. No hay que discutir. Todo a su tiempo. Ahora recordamos ese día, ya veremos si hace falta algo más. Tendríamos que recordar dónde estábamos, dónde estaba cada uno de nosotros.

ANTONIA. ¡Hace tanto tiempo!

ISMAEL. Ahí está la camisa. A ver si te despierta la memoria.

ANTONIA. ¿Qué camisa? ¿Otra vez? ¿Vamos a volver a Lucinda y la camisa?

ISMAEL. La camisa de Tavito, la que tenía puesta.

ANTONIA. ¿Dónde está?

ISMAEL. Han hecho una igual. *(Al público)* ¿No es verdad? Ahora cuando la traigan podremos ver si...

*(Un utilero trae una camisa blanca manchada de rojo).*

ADELA. *(Alejándose)* ¡Qué horror!

ISMAEL. *(Cogiendo la camisa)* Adela, no te escandalices. ¡Mira, mírala bien! Es una camisa común y corriente manchada con mercurio cromo.

ADELA. Pero yo la miro y veo a Piro en la guardarraya corriéndole detrás. Oigo los gritos de Lucinda en el patio, tirada en la tierra, desesperada.

ISMAEL. ¿Y Sendo? ¿Dónde estaba Sendo?

ANTONIA. ¿Sendo? *(Mira a los otros)* ¿Dónde estaba Sendo?

SIRO. Se sentó en el buró. Yo estaba en el comedor esperando para que me hiciera un vale. Ese día había terminado más temprano. Llegué a buscar el vale y oí la discusión. Me quedé esperando. Entonces vino Sendo y se sentó en el buró.

ANTONIA. Yo lo vi correr por la guardarraya.

SIRO. Después. Cuando sonó el tiro. Corrió por la guardarraya y lo abrazó llorando.

*(Hay una pausa. Todos están muy conmovidos).*

ANTONIA. ¿Qué hacemos?

ISMAEL. Empieza.

ANTONIA. Era por el mediodía. Miré el reloj y vi que eran más de las tres y dije: me voy a comer un mango. Escogí un mango, agarré un cuchillo y me senté en el portal. A esa hora era la parte

más fresca de la casa. Al poco rato sentí que Sendo gritaba. "Ah, ya está gritando otra vez. ¿No se cansa?"

SENDO. Tienes que oírme. Para eso soy tu padre.

ADELA. Sí, empezaron a discutir en la cocina.

Sendo me pidió un vaso y tomó agua de la tinaja. Tavito lo seguía como un perrito.

SENDO. No quiero explicaciones.

TAVITO. Pero papá...

SENDO. ¿Tú sabes lo que significa para mí?

TAVITO. Nada. Usted no tiene ninguna responsabilidad. Yo asumo la deuda.

SENDO. Esos recibos me los trajeron a mí.

TAVITO. No los acepte.

SENDO. ¿Y voy a dejar que te metan en la cárcel?

TAVITO. Eso no pueden hacerlo.

SENDO. Claro que pueden, no digo yo si pueden.

Prometiste pagar en una fecha y no le has dado ni un centavo.

TAVITO. Las cosas no me van bien.

SENDO. Mira, cállate, porque no sé lo que hago.

TAVITO. Devuélvame los recibos.

SENDO. ¿Y que vas a hacer con ellos? ¿Comértelos?

TAVITO. Voy a pedir otro plazo.

SENDO. Ya se te acabaron los plazos. Me lo dijo

muy bien. O pagamos ahora o le da curso legal.

¿Y tú sabes lo que eso quiere decir? Que me

quedo sin nada, que no tengo nada, que no tengo

caña, que no tengo finca, que me he pasado

la vida trabajando y ahora tú, irresponsable de

mierda... ¿qué haces? Te llenas de deudas

hasta la cabeza. ¿Deudas de qué? De juego, de

putas, de ron. Y ahora que el azúcar está por

el suelo, que ni siquiera sé cuánto voy a moler

en esta zafra, me veo obligado a vender mi

tierra para pagar tus cochinas deudas. ¿Para

qué tú sirves, muchacho? ¿Tú me quieres

explicar para qué sirve tener un hijo como tú?

TAVITO. Viejo, yo le aseguro que voy a pagar.

SENDO. ¡Vas a pagar! ¿Con qué? Te miro y

quisiera que desaparecieras de mi vista.

TAVITO. Por favor, viejo óigame, tiene que oírme.

Yo puedo darle una explicación y una garantía.

SENDO. No hay nada que decir. ¿Puedes decirme

algo que cambie lo que pienso de tí?

Ya me cansé. *(Sendo camina hacia el buró, se*

*quita la pistola y la deja encima. Después se*

*dirige hacia otra parte del escenario).*

SENDO. Pensar que uno cría un hijo y lucha y

trabaja y se mata para que ese hijo tenga

algo, tenga algo ¡sí! porque uno quiere que

sea... que esté por encima de los otros. Y

de pronto descubre...

TAVITO. ¡Dígallo! ¿Qué quiere que sea?

SENDO. No me hagas hablar.

TAVITO. Eso digo yo.

ANTONIA. ¡Pronto! Una puerta, traigan una puerta, ¡rápido! *(Los utileros traen una puerta y la colocan en el centro del escenario. Sendo se para en el umbral).*



SENDO. ¿Qué tienes tú que decir?  
TAVITO. Yo también puedo hablar y gritar.  
SENDO. ¿Gritar qué?  
TAVITO. Lo que todo el mundo dice bajito.  
SENDO. ¿Pero tú vas a acusarme a mí?  
TAVITO. ¡No! Porque la culpa es mía, toda mía.  
¡Dios, rómpeme el pecho!  
SENDO. Debías tener vergüenza y callarte. *(Sendo entra y cierra tras, sí. Tavito golpea la puerta).*  
TAVITO. Abrame, que ahora va a tener que oírme.  
LUCINDA. Tavito, deja eso, deja tranquilo a tu padre.  
TAVITO. *(Golpeando)* Déjame, vieja.  
*(Sendo abre la puerta. Tavito entra y cierra. Lucinda se queda junto a la puerta. Hay un silencio. Suena el pitazo de un tren que pide vía, después el sonido del tren que se aleja. De pronto Tavito sale alterado, va hasta el buró, coge la pistola y corre. Lucinda lo sigue).*  
LUCINDA. Muchacho, ¿qué tú vas a hacer?  
TAVITO. Déjame, vieja.  
LUCINDA. Dame esa pistola. *(Forcejean).*  
SENDO. *(En la puerta)* Déjalo, Lucinda, déjalo *(Tavito logra soltarse y se aleja con la pistola)*  
Octavio, devuélveme esa pistola.  
LUCINDA. ¡Tavito!  
ADELA. Corrió hacia la guardarraya.  
ANTONIA. Lo vi desde la ventana. Me quedé sin saber qué hacer. No podía moverme.  
ADELA. Estaba en la guardarraya. Todo el mundo lo veía allí, con la pistola en la mano.  
*(El escenario se llena con todos los actores que presencian la escena).*  
PIRO. No hagas eso, muchacho.  
TAVITO. Si te acercas, disparo.  
PIRO. Dame esa pistola.  
TAVITO. Piro, no des ni un paso más.  
PIRO. Ahora mismo te la voy a quitar.  
TAVITO. Ni te muevas.  
PIRO. Dámela.  
TAVITO. No, Piro, no.  
PIRO. Muchacho ¿tú sabes lo que vas a hacer?  
TAVITO. ¡Qué asco, qué asco! Y que uno viva para aguantar esto.  
PIRO. Ahora no puedes pensar. Dame la pistola y después hablamos.  
TAVITO. *(Apuntándole a Piro)* Si das otro paso, te mato.  
*(La luz cae sobre Adela. El resto de la escena se oscurece.)*  
ADELA. Piro me lo contaba. A media noche se despertaba bañado en sudor. Se levantaba y salía al patio, daba vueltas, no sabía qué hacer. Yo me sentaba con él y lo oía. Siempre el mismo sueño.  
PIRO. Soy un pendejo. No me atreví. Me quedé quieto mirándolo, esperando un momento para saltar y quitarle la pistola. Un momento tan largo que cuando vine a darme cuenta ya estaba tirado en la tierra. No sentí el tiro. No lo vi caer. No puedo dormir. Veo la camisa manchada de sangre. Sueño que quiero gritarle y la

voz no se oye. Hago un esfuerzo, abro la boca y no puedo. Sueño con eso a cada rato, el mismo sueño, allí en la guardarraya. En el sueño levanta la pistola y oigo el disparo ¡claro, casi como una música! y después lo veo caer y veo cómo la camisa se va manchando de sangre y se pone roja.

*(Se oye el pitazo del tren. Después el tren se aleja).*

SIRO. Sendo se acercó y lo abrazó llorando. Tavito sólo pudo decirle: "Ya, papá". Piro y yo lo cargamos y lo llevamos a la casa. Lucinda lo lavó y le cambió la camisa, le puso una de seda china que se había comprado hacía unos días. ¡Qué muchacho! ¡22 años! ¿Cómo pudo hacer una cosa así? *(Pausa)* ¡Qué asco! dijo como si hubiera descubierto algo podrido. Y disparó.

*(La luz baja lentamente hasta el oscuro.)*

---

## Segundo acto

### EL CRIMEN

---

*(Antonia empuja la silla de Adela hasta el proscenio).*

ANTONIA. ¿Te acuerdas, Adela, del portal?

ADELA. Como no me voy a acordar.

ANTONIA. Mira que Lucinda tenía matas lindas. Yo me acuerdo que tenía una begonia, así medio roja, color vino más bien, que era una preciosidad.

ADELA. ¿Y el júpiter blanco?

ANTONIA. Sí, pero ése estaba frente al portal, en aquel terreno...

ADELA. Sí, y tenía mariposas. ¡Cómo olían por la noche!

ANTONIA. ¡Qué fresco había en el portal por la tarde!

ADELA. Después que acababa de fregar la loza me sentaba allí a descansar dándome sillón y viendo pasar la gente.

ANTONIA. Ay, cómo te gustaba darte sillón en aquel portal.

ADELA. Ya ves. *(Toca los brazos de la silla de ruedas).*

ANTONIA. Y pasa éste y pasa el otro y adiós y cómo le va y cómo andan, sí, cualquier tarde me llego por allá. Y pasa Nissim el polaco, que no era polaco, era turco, pero todo el mundo le decía Nissim el polaco y entraba en el portal y me enseñaba los cortes de tela.

ADELA. ¡Qué telas! ¡Ay, el voile!

ANTONIA. Y el madapolán.

ADELA. Y la muselina.

LAS DOS. ¡Qué telas!

ANTONIA. Y veía pasar el fotingo negro ¡brillante! del americano del Central.



ADELA. ¡Siempre a la misma hora!

ANTONIA. Mister Drake, mister James M. Drake.

ADELA. ¿Y por qué le decían el pirata?

ANTONIA. Bueno, porque... todos los trabajadores del Central le decían el pirata ¿no?

ADELA. La gente siempre le está poniendo nombres a los demás.

ANTONIA. *(Lanza una carcajada).*

ADELA. ¿Y esa risa? ¿De qué te ríes?

ANTONIA. Me estaba acordando del insulto que cogías cuando veías pasar a la hija de Chicho el Sordo. ¡Miralotodo, a ésa le decían Miralotodo!

ADELA. ¡Descarada! Lo hacía con toda intención, para que Piro la mirara.

ANTONIA. Y Piro, por supuesto, era todo ojos.

ADELA. ¿Tú te acuerdas cómo se vestía? ¡Cómo no la iba a mirar! Si esa mujer no se ponía faja y caminaba con aquella... Por eso terminó donde terminó: en casa de la Gallega.

ANTONIA. La Gallega, ésa era una institución en el pueblo. Parece que por allí... *(Al público)* Permiso. *(En secreto a Adela)* Todos los muchachos del pueblo en cuanto meaban dulce pasaban por allí para saber lo que era el arroz con leche. Y los que no eran muchachos también.

ADELA. Los hombres son así.

ANTONIA. ¡Todos! Menos mi marido ¡claro! que siempre fue un santo. Cuando se aburren se meten en esas casas. No sé a qué, porque para decirte la verdad yo al arroz con leche nunca le encontré mucha gracia.

ADELA. Será porque tenías un marido que era un santo.

ANTONIA. ¡Qué aburrimiento!

ADELA. Por eso no se metía en casa de la Gallega.

*(La luz ilumina a Ismael).*

ISMAEL. La casa estaba al otro lado del pueblo, después de la línea, como quien va para el cementerio. Cuando visitábamos a tío Tomás teníamos que pasar por allí. Los ojos se me iban. Había oído decir: ahí viven las mujeres malas. Y lo decían con tanto misterio que me parecía algo extraordinario.

*(Tavito, en calzoncillos, con medias y ligas y el sombrero puesto, como en las postales pornográficas de la época, bebe cerveza. La Gallega también está vestida como una postal y lo escucha tirada sobre unos cojines de seda roja).*

TAVITO. Esta noche brindo por la penumbra. Me gusta la oscuridad. Brindo por estas... damiselas encantadoras, *(canta)* "damisela por ti me muero". Y sobre todo, brindó por tí, Gallega. Sin tu iniciativa este pueblo sería el emporio del aburrimiento. ¡Pero cómo inventas, Gallega! Naciste para usar la imaginación en beneficio de la humanidad. Esas sábanas de seda roja brillando sobre tu cama son un reto a mi virilidad. Nunca termina el combate. ¡Ay, Gallega qué sería de los tristes hombres de Calabazar del Norte si tú no usaras medias

negras! Tu imaginación despierta nuestra fantasía y cuando estamos allá, en la otra parte del mundo; allá donde no se habla de tí; allá donde las hermanas bajan los ojos ruborizadas, ¡putas sin audacia!; allá, sí, tu recuerdo nos acompaña y nos permite soportar las visitas de los parientes, los bautizos, las retretas de los domingos, los buenos consejos familiares, los apretones de manos en los velorios y sobre todo, la conversación con las muchachas decentes, vírgenes desesperadas por perder el virgo, pero que necesitan velo blanco con azahares y firma ante notario para entregarlo. Por eso brindo por tí, Gallega, que lo perdiste hace mil años.

ADELA. ¡Qué barbaridad! Tavito nunca hubiera dicho esas cosas.

TAVITO. ¿No?

ADELA. Irse allá, sí. Después de todo a los hombres se les permiten esas libertades. Pero no era ningún degenerado. Tenía su novia, la quería, se iban a casar por la iglesia, sí señor.

ANTONIA. Bueno Adela, uno nunca sabe lo que la gente piensa y mucho menos lo que dice cuando está en esos lugares. Me hubiera gustado ver al santo de mi marido por un huequito cuando yo no estaba delante. A lo mejor no era tan santo.

SIRO. Seguro que no.

ANTONIA. ¿Mi marido visitaba a la Gallega?

SIRO. No sé. Pero Tavito no era el único.

ANTONIA. ¿Tú también, Siro?

SIRO. No, yo no. No por santo, sino por pobre. Yo no tenía dinero para eso y las perversiones cuestan caras.

ISMAEL. ¿Perversiones?

SIRO. Sí, perversiones. Cuando un hombre tiene mujer y tiene hijos y se va con una de esas mujeres, lo que va buscando son perversiones. Y no es que Lucinda fuera mi hermana, pero una mujer así merece más respeto.

ANTONIA. ¿Y tú vas a decir que mi hermano Sendo se metía en casa de la Gallega?

SIRO. Sí, se metía.

ADELA. ¡Siro!

SIRO. Es la verdad. La gente lo veía salir de allí; lo comentaba en el trabajo.

*(Unos campesinos que regresan del trabajo atraviesan el escenario).*

CAMPESINO 1. Dice que no tiene plata y me paga las cien arrobos a veinte centavos.

CAMPESINO 2. Claro, la Gallega le cuesta cara.

CAMPESINO 3. Pues yendo tan a menudo a su casa, la Gallega podrá comprarse una finquita.

CAMPESINO 1. Entonces trabajaremos para la finquita de la Gallega.

CAMPESINO 2. No, la pobre Gallega seguirá sin un real.

CAMPESINO 1. ¿Cómo? Tendrá un dineral. Sendo la visita noche y día.

CAMPESINO 2. Pero le paga en vales.



(Los campesinos que salen en medio de carcajadas se encuentran con Pedroso. La luz ilumina a Sendo y la Gallega).

SENDO. Gallega, me retiro.

GALLEGA. Es temprano. Tómate una cerveza.

SENDO. ¡Qué va!

VOZ DE LA VIEJA. ¡Rosalía!

GALLEGA. ¿Qué, mamá? (A Sendo, bajando la voz) Está insufrible, no hay quien la aguante.

SENDO. Los años.

VOZ DE LA VIEJA. ¡Rosalía!

GALLEGA. Ya voy, mamá. Ahora le ha dado por comer a media noche. Oye, y después que yo termino aquí, ponerse a hacerle una sopa...

SENDO. Entonces quedamos en que yo vengo a las siete.

GALLEGA. Esa es la mejor hora. Nunca hay nadie y si por casualidad viene alguien, le digo que no puedo ocuparme, y ya.

SENDO. Tú sabes que me gusta mantener mis cosas en secreto. Siempre lo he hecho, pero en este caso mucho más. La muchacha es muy jovencita.

GALLEGA. Más jovencita era yo cuando empecé en el asunto.

SENDO. Pero el padre es un guajiro rebencú. Bruto como un arado.

GALLEGA. ¡Cuántos trajines para darse un gustazo!

SENDO. ¿Te molesta?

GALLEGA. Pensaba en el tiempo. Hace diez años te bastaba conmigo.

SENDO. Y hay muchas noches en que me basta. (Le hace una caricia). No, no te cambiaría por nadie...

GALLEGA. ¿Pero...?

SENDO. Pero.

GALLEGA. La Gallega sirve para muchas cosas.

VOZ DE LA VIEJA. ¡Rosalía!

GALLEGA. (En un arranque de rabia). ¡Cállese, mamá! (A Sendo) Ya estoy vieja y el campo está lleno de frutas tiernas.

SENDO. Eso me mantiene vivo. Eso y los gallos.

VOZ DE LA VIEJA. ¡Rosalía, Rosalía!

GALLEGA. Mamá, si sigue gritando voy a ponerle la tranca. (A Sendo) A veces la encierro en su cuarto. Tengo que hacerlo, si no se me aparece en el cuarto cuando me estoy ocupando. (Sendo se ríe) No me hace ninguna gracia.

SENDO. ¿Y no será que la vieja quiere quitarte los clientes?

(La vieja aparece envuelta en una bata que perteneció a alguna de las prostitutas de la casa: seda negra, bordados chinescos, lazos. Mil años.)

VIEJA. Ah, no sabía que tenías visita. ¿Quién es?

GALLEGA. Un amigo, mamá. Lo has visto muchas veces.

VIEJA. Pero los amigos tienen nombre. ¿O éste es judío? (Le extiende la mano a Sendo).

SENDO. Sendo, para servirte.

VIEJA. ¿Sendo? ¿Sendo qué?

GALLEGA. Sendo no, Chenchó. Este es Chenchó Cortés. (Le hace señas a Sendo) Después lo repite todo.

VIEJA. Ah, entendí mal. Perdóneme don Chenchó. Me avergüenza presentarme así, tan ligera de ropas.

SENDO. No se preocupe.

VIEJA. ¿Pero qué va a pensar?

GALLEGA. Despídase, mamá. Ya se va.

VIEJA. ¿Usted no sabe que tengo que encerrarme en el cuarto? Les ha dado por perseguirme. Hombre que viene a esta casa, hombre que abre la puerta de mi cuarto para rascabuchar-me. ¡Y no lo permito! Yo soy una mujer decente, aunque usted me vea así, casi sin ropas.

(Se abre el escote).

GALLEGA. Vamos, mamá.

(Tocan a la puerta. Golpes fuertes).

GALLEGA. ¿Quién es?

PEDROSO. (Afuera) Abre, Gallega.

GALLEGA. Ya está cerrado.

PEDROSO. ¿Cómo?

GALLEGA. Que no me ocupo.

VIEJA. Rosalía, no seas mal educada, abre. ¿No oyes que están llamando?

PEDROSO. Abre, Gallega, es la autoridad.

GALLEGA. ¿Qué pasa?

PEDROSO. Es el sargento Pedroso.

GALLEGA. (A Sendo) ¿Qué vas a hacer?

SENDO. Abrele, es de confianza.

(Entra el sargento Pedroso, acompañado de una pareja de la Guardia Rural).

PEDROSO. ¡Valladares! ¿Qué se cuenta?

SENDO. ¡Vaya, Pedroso!

GALLEGA. ¿Qué pasa, sargento, me quiere echar a perder el negocio?

VIEJA. ¿Qué hacen con esos fusiles? Rosalía, no te permito que recibas voluntarios en esta casa.

GALLEGA. Cállese, mamá.

VIEJA. Respétame que soy tu hermana mayor. Aquí no pueden entrar españoles. (A Pedroso) Y usted se retira ahora mismo.

GALLEGA. No haga caso, sargento. ¡Imagínese! ¿Qué le duele?

PEDROSO. Estamos haciendo un registro.

GALLEGA. ¿Un registro en mi casa?

PEDROSO. Hay alguien escondido en esta cuadra.

SENDO. ¿Cómo alguien?

PEDROSO. Una pareja traía un preso del central, se pusieron a comer mierda y se les escapó. Y ahora yo tengo que meterme la noche buscándolo.

GALLEGA. ¿Ratero, no?

PEDROSO. Un revoltoso. Esta gente de los sindicatos no hace más que joder. Por eso yo lo digo. ¡Sindicatos! Sindicatos les voy a dar yo. Usted lo sabe bien, Valladares.

GALLEGA. Registre, sargento.

PEDROSO. (Al soldado) Echa una miradita, Cuco.

VIEJA. En mi cuarto no entra nadie.

SENDO. No hay nadie, Pedroso. He estado aquí toda la noche.



VIEJA. ¡Viva la tierra que produce la caña!

GALLEGA. Mamá, cálese.

VIEJA. Tengo voz para gritar y grito: ¡Muera España!

GALLEGA. La voy a encerrar en su cuarto.

VIEJA. Búscame una cinta roja, ¡yo quiero una cinta roja! Voy a ponérmela en el pelo. ¡Qué viva la tierra que produce la caña!

*(La vieja se enfrenta a Pedroso que la aleja con la culata del fusil. Ella grita, la Gallega trata de calmarla ayudada por Sendo. Salen unas putas con sus clientes. Ellas con batas, semidesnudas; ellos envueltos en sábanas. Todos gritan y por encima se oye la voz de la vieja).*

VIEJA. ¡Asesinos, asesinos!

SIRO. ¡Qué escándalo! El cuento se hizo famoso, todo el mundo lo contaba de distintas maneras y se burlaban de Pedroso, el voluntario, le decían y se reían de Sendo y de la Vieja. Y los tiempos no estaban para reírse, pero se reían.

*(Pasa una pareja de la Guardia Rural).*

ISMAEL. ¡Derechito!, me decían, pero cuando salía de la escuela nunca iba directo a la casa. Me entretenía en cualquier cosa. Pero lo que más me gustaba era ir a la bodega. Tavito me dejaba entrar hasta la trastienda: dos cuartos atestados de latas, sacos, cajas, barriles. Un mundo de olores. El arencón en sus cajas de pino, la cuchara de madera para sacar las aceitunas, los bacalaos colgando por la cola. Recuerdo el tasajo: las pencas colgadas de un gancho cerca de una ventana para que cogieran aire. Cuando Tavito veía que la boca se me hacía agua, venía con el cuchillo y cortaba una lasca para mí.

TAVITO. Vaya, para que no te descriés.

ISMAEL. Y me sentaba encima de un barril. Se movía por la bodega sin parar. Le despachaba a los trabajadores que venían con los vales, bromeaba con una negra que compraba dos libras de harina, se encaramaba en los armatostes para bajar una lata de aceite.

*(Barriles, algunas cajas y un saco de azúcar crean el rincón de la trastienda. Sendo se acerca a Tavito).*

SENDO. ¿Qué pasa?

TAVITO. Quiúbole, viejo. ¿Dando una vuelta?

SENDO. Parece que las cosas no andan bien.

TAVITO. ¿Te enteraste? La porra cogió al hijo de Ignacio y lo dejó tirado en el Puente Viejo. Dicen que no se salva.

SENDO. Ya me lo contaron. Y no hice ningún comentario. Cállate tú y deja el mundo correr. Yo digo aquí, en la tienda.

TAVITO. ¿Qué pasa aquí?

SENDO. Este mes no pusiste nada en el banco.

TAVITO. No voy a poner los vales.

SENDO. No trates de enredarme. Estoy muy viejo. ¿O es que aquí sólo se vende con vales?

TAVITO. La cosa está que la gente no tiene ni dos kilos para comprar un huevo. El dinero está perdido.

SENDO. Háblame claro.

TAVITO. Tuve que pagar la mercancía que entró el mes pasado.

SENDO. ¿Y no la pagaste al contado cuando la entregaron?

TAVITO. El tasajo, no.

SENDO. Mira, Octavio, ándate al hilo. Ya me dijeron dónde te metes.

TAVITO. ¿Y usted se va a poner a oír chismes, como las viejas?

SENDO. ¿Qué tienes que hacer tú todas las noches en el Casino, jugándote el dinero, en estos tiempos y con las cosas como están?

TAVITO. Voy por allí y paso el rato. Le aseguro que lo que me juego son unos kilos.

SENDO. Tú sabes que no me gusta decir las cosas dos veces. Ya te lo advertí.

*(La luz cae sobre Adela).*

ADELA. ¿Qué le pasaba? Fue en abril. Me acuerdo que todavía las noches eran frías. Yo había perdido mi primer embarazo y no podía dormir. Lo sentía cuando regresaba a las dos y las tres de la mañana. Jugaba sin parar, era como una locura que le había entrado. Piro me contaba eso y también que debía, debía mucho dinero.

*(El jugador 1 se acerca a la trastienda).*

JUGADOR 1. ¿Qué tú piensas compadre? Oígame yo no soy rico como su padre. Y usted me debe una bola así y yo espera y espera y usted dice que mañana y que la semana que viene y no veo la plata, compadre. ¡Compadre, caray! Cuando usted lo necesita yo estoy ahí, donde tengo que estar y no digo ni esta boca es mía, meto la mano y saco, lo que usted pida. ¿Amigo? Amigos, compadre. ¿Que necesita? Ahí está. Pero llega la hora y minuto en que hay que devolver. Fíjate, yo voy a traspasar los pagarés que me diste, ¡Que va! Que va, compadre, yo también tengo mis cosas y necesito la plata. Los papeles no resuelven. Yo no tengo banco ni archivo. ¿Papeles? Que se los lleva el viento, compadre. Ya lo sabe, voy a traspasar esos pagarés y usted se entenderá con el Totí. Lo siento, pero eso es así. Bueno, compadre, me retiro y ya usted sabe, no hay inquina. La necesidad obliga. Cuidese compadre.

ADELA. Cuando vino a ver tenía la bodega empuñada.

SENDO. ¿Y tú, irresponsable de mierda, qué haces? Te llenas de deudas hasta la cabeza ¿Deudas de qué? De juego, de putas, de ron. Y ahora que el azúcar está por el suelo, que ni siquiera sé cuanto voy a moler en esta zafra, me veo obligado a vender mi tierra para pagar tus cochinas deudas. Y el americano del Central gozando, porque me tiene apretado por el cuello y ahora no podré decir que no. ¿Para qué tú sirves? ¿Tú como quieres explicar para qué sirve un hijo como tú?

SIRO. No eran sólo las deudas. Tavito estaba muy alterado. El ambiente de juego no es bue-



no, la gente pierde y se molesta y en medio de una discusión dice cualquier cosa que lleva guardada durante años.

ANTONIA. ¿Qué tú quieres decir?

SIRO. Que Tavito vino a verme un día. Yo estaba limpiando un terreno allá antes de llegar a Jicarita y se apareció en el potrero que Sendo le había regalado. Era un domingo. Me dije: éste salió al padre y le está dando vuelta a alguna de las pericas de los alrededores para echársela al pico.

ANTONIA. ¡Siro!

SIRO. ¿No puedo decir eso? Bueno, entonces pensé: éste salió al padre y le está dando vuelta a la finca porque el ojo del amo... ¿Eso te parece mejor? Tienes metido en la cabeza el retrato de un Sendo que nunca existió.

ANTONIA. ¿Y tú? ¿Qué quieres tú?

SIRO. (Rechazándola) ¡Ah! (Al utilero) ¿Me alcanza aquella guataca? (El utilero lo hace). ¿Usted conoce bien este instrumento?

UTILERO. Sí. A veces he tenido que usarla, en el trabajo voluntario.

SIRO. ¿Voluntario, no? Lo lindo es tener que usarla en el trabajo obligatorio. ¡Diez o doce horas al día! Y que te paguen una peseta. (Siro empieza a limpiar la guataca; llega Tavito).

TAVITO. ¿Qué pasa, tío?

SIRO. ¿Qué tú haces por aquí, bandolero?

TAVITO. Está pensando mal.

SIRO. Culpa del solibio que me derrite los sesos.

TAVITO. ¡Fuego! (Se quita el sombrero y se abanica). Tío, quiero hablar con usted.

SIRO. Empieza.

TAVITO. Uno está acostumbrado a ver a la gente de una manera y cuando le dicen algo que...

Los padres son lo más grande que uno tiene. SIRO. Así mismo es.

TAVITO. Yo no permito que nadie me diga ni un tanto así del viejo. Eso yo no se lo permito a nadie.

SIRO. Es tu padre.

TAVITO. Ni de nadie de la familia, tío. Si un cabrón viene a hablarme mal de usted yo no se lo voy a permitir.

SIRO. Tú saliste noble, muchacho.

TAVITO. (Bromeando) Dicen que no valgo la comida que me como. Total, yo no como tanto.

SIRO. ¿Y qué pasa ahora?

TAVITO. Nada. Yo sé que no puede ser, pero quería hablar con usted.

SIRO. ¿Qué trabajo te cuesta soltarlo! Vamos, desembucha de una vez.

TAVITO. Tío, cuando salgo de casa de Delfina, allá alrededor de las diez no tengo ganas de dormir, no quiero ir para la casa. Y entonces, a veces, me llego hasta el Casino y me embullo a echar una manito de póker. Mientras uno juega se toma unos láguer y entre los láguer, el calor y la mala noche cuando viene a ver está metido en una discusión.

(En otro lado del escenario se ilumina una mesa de juego con tres jugadores sentados).

JUGADOR 1. Eso no te lo voy a permitir.

TAVITO. (Camina hacia la mesa). ¿Qué tú dices?

JUGADOR 1. Lo que oíste.

TAVITO. Bueno no me grites.

JUGADOR 1. Y tú no me hagas trampas.

JUGADOR 2. Si no hace trampas no gana.

TAVITO. (Suelta una carcajada) Ah, los jugadores malos, cuando pierden, no quieren admitir que son malos. (Sigue la broma). Admitelo, chico, que tú no sabes jugar.

JUGADOR 3. Malo de nacimiento.

JUGADOR 1. ¿Y entonces por qué me debes lo que me debes?

TAVITO. Eso no es de hombre. Venir a sacarle a uno las deudas delante de la gente.

JUGADOR 1. Si te da pena que lo sepan, no pidas.

TAVITO. Me da pena por tí.

JUGADOR 1. ¿Qué pena es esa? ¡Verraco!

JUGADOR 2. ¿Va a jugar o va a discutir?

JUGADOR 3. Reparte. ¿Qué pasa?

TAVITO. Si te digo lo que estoy pensando te hago polvo.

JUGADOR 1. Yo no tengo nada que ocultarle a nadie.

TAVITO. Habrá que ver.

JUGADOR 2. ¡Se acabó!

JUGADOR 1. Dime lo que estás pensando. ¡Ahora mismo! Dimelo o te rompo el alma.

(El jugador 1 agarra a Tavito por la camisa y lo levanta de la silla. Los otros intervienen).

TAVITO. (Quitándole las manos, sin violencia, pero firme) Suéltame. Yo no discuto con borrachos.

JUGADOR 1. Yo me tomo diez láguer y estoy tan claro como el agua y digo lo que digo más claro que el agua, sin misterios, porque yo sí que no tengo nada que ocultarle a nadie y si mi madre lava mucha ropa para afuera, eso no es vergüenza, porque es un trabajo y el dinero lo gana sudando, el poco que gana, porque el que trabaja nunca llega a rico, porque para ser rico y tener tierra y tener bodega y tirarse a las guajiritas de la finca...

TAVITO. (Cae sobre él como una furia) ¡Cállate ya! De mí tú puedes decir lo que te dé la gana. La culpa es mía por juntarme con gente como tú, hijo de puta. Lavandera, no. ¡Putá! Pero de mí padre tú no puedes decir ni una palabra. Ya te duele. Que vive pegado a la tierra que es suya, que la hizo con sus manos, día a día, trabajando sin parar, y que tiene las uñas llenas de tierra como el último trabajador...

JUGADOR 1. Porque ya se lavó la sangre.

TAVITO. ¿Qué dice este cabrón?

JUGADOR 1. Lo que todo el mundo sabe.

TAVITO. ¿Qué sabe todo el mundo?

JUGADOR 1. Que tu padre mató a machetazos a un guajiro.

TAVITO. Tío, oye lo que dice.



JUGADOR 1. A machetazo limpio.  
TAVITO. Tío, ¿tú lo estás oyendo?  
ANTONIA. Eso es mentira.  
JUGADOR 1. Para matar a un hombre a machetazos hay que ser un asesino.  
TAVITO. Tío, ¿por qué dice esas mentiras de mi padre?  
ANTONIA. Envidia. Eso no es más que envidia.  
JUGADOR 1. Valladares quería la tierra y eliminó al guajiro. ¡A machetazos! Lo sabe el pueblo entero.  
ANTONIA. (Al jugador 1). ¡Cállese! ¿Quién le da derecho a decir esas cosas?  
ISMAEL. Antonia, déjalo.  
ANTONIA. No se lo voy a permitir.  
ISMAEL. Es un actor. Se aprendió esas palabras y las repite.  
ANTONIA. ¿Quién se las dijo?  
SIRO. Yo.  
ANTONIA. ¿Pero adónde vamos a parar?  
SIRO. Antonia, es la verdad. Tavito vino y me preguntó, me contó lo que le había pasado en el Casino.  
ANTONIA. ¿Y tú tienes que repetirlo? (Señalando al Jugador) ¿Y él va a gritarlo en un teatro?  
ISMAEL. ¿Y por qué no, si es verdad?  
ANTONIA. ¿Qué sabes tú? ¡Sabihondo! Están discutiendo la vida de mi hermano y no voy a permitir que la tergiversen.  
ISMAEL. Lo dices como si estuvieras hablando de un héroe.  
ANTONIA. Era mi hermano.  
ISMAEL. Que no murió en su país, que se fue allá, a esperar que esto se cayera para regresar y adueñarse otra vez de lo que había robado.  
ANTONIA. (Dominándose). Mira, Ismael, no tienes que hacer discursos. Yo estoy aquí como tú. Yo también, como tú, me quedé y quiero morir en mi tierra. Pero mi hermano es mi hermano y las cosas de familia son las cosas de familia.  
ISMAEL. Eso no es muy consecuente.  
ANTONIA. ¡Consecuente! Tampoco es consecuente ese odio que le tienes a la persona que te mató el hambre cuando eras un muchacho.  
ISMAEL. Eso sí me parece consecuente.  
SIRO. Está bueno ya, Ismael.  
ISMAEL. ¿Entonces se acabó la historia? ¿No contamos nada más?  
ANTONIA. Para mí, se acabó. Me sentaré en una silla para oír lo que se les ocurra decir. Pero conmigo no cuenten.  
SIRO. Antonia, Antonia, recordar estas cosas siempre lo afectan a uno.  
ANTONIA. No volveré a abrir la boca. Me quedo, pero no volveré a abrir la boca.  
ADELA. Estás cansada. ¿Te sientes mal?  
ANTONIA. Estoy hecha un trinquete, Adela, pero no quiero oír hablar mal de un hombre bueno.  
ADELA. Siempre fue un buen hombre. Y con la familia, de oro. En el tiempo de Machado, Piro

no tenía trabajo y nos dijo: vengan para acá, un plato de comida no les va a faltar. Dejé mi casa, vendí los muebles... ¡Para qué hablar! Por eso vivíamos allí cuando ocurrió lo de Tavito. Yo ayudaba a Lucinda en todo: había que cocinar unos calderos enormes de harina y sancochar racimos enteros de plátanos burros. Eramos muchos. Lucinda me cogía de paño de lágrimas. Le aguantó mucho. Claro, en esa época andaba por los cuarenta y parecía una vieja de cincuenta, gorda, y con aquella piel llena de pecas, rojiza, extraña, como si tuviera escamas. No le quedaba otro remedio que aguantarlo: una querida aquí, una chiquilla allá... Muchos problemas que se buscó por eso de las mujeres. Mujeres y gallos. Piro le cuidaba los gallos y los gallos le acabaron con la vida a Piro. A veces le gritaba, lo insultaba y Piro se iba hecho una furia al fondo del platanoal. Nos vamos de aquí, me decía, no le aguanto que me grite aunque sea mi hermano. ¿Pero a dónde? Ustedes se acuerdan de lo que fue el machadato. ¿Adónde? Piro se acostumbó a los gritos, yo me acostumbré a Lucinda y fuimos tirando. Un año y otro, sin casa, recogidos. Y eso es lo último: recogidos. Cuando cayó Machado, Piro no se ocupó de buscar trabajo y siguió cuidándole los gallos. Después Sendo nos dio una de las casas que tenía en el pueblo. Allí nació Adelita, allí vivimos y allí me voy a morir. Piro no tenía sueldo pero él siempre le dejaba caer algo. De eso y de lo que yo resolvía con la costura vivíamos. Y Piro no se ocupaba de otra cosa: limpia las jaulas, tuza los gallos, échale aserrín a la valla, prepárale la comida con huevo y rollón... ¡Ay, Piro y Sendo y los cabrones gallos! Aquel canturreo al amanecer y aquella peste de las jaulas que todavía hago así (*aspira hondo*) y la huelo. Los gallos llevan tiempo, más tiempo que una mujer bonita. Además, ¿quién le iba a cuidar aquellos gallos a Sendo que era lo único que tenía después que murió Tavito? Los gallos y el trabajo. Sí, era de oro. Si le destrozó la vida a Piro y lo hizo un inútil la culpa fue de Piro. Otros hombres se paran bonito. Piro nunca dijo nada. ¿Qué iba a decir? El también se volvía loco por los gallos. Cuando llegó la Revolución Sendo decidió irse. Decidió no, lo obligaron. Porque si usted está acostumbrado a vivir de una manera y le dicen que tiene que vivir de otra... ¡Qué va a hacer aquí! El habló con Piro para que presentara, pero el marido de Adelita es comeandela y ¡qué va! yo no iba a dejar a mi hija detrás. Aquí nos quedamos. Y aquí estoy, arrastrando mi vida en este sillón. Sí, fue un hombre bueno. Le destrozó la vida a Piro, pero Piro se lo agradeció siempre. Vivió para él y sus gallos.

ANTONIA. Ya lo creo que era bueno.

ISMAEL. ¿Vas a hablar?

ANTONIA. Sí, Maí, voy a hablar. ¿Te molesta?

ISMAEL. Punto en boca.



ANTONIA. No hubo un hermano mejor. Mi marido, aquella bestia...

ISMAEL. Dijiste que era un santo.

ANTONIA. Dije santo por decir aburrido. Debe estar achicharrando en el infierno. Mi santo marido consiguió un trabajo en Oriente y allá nos fuimos, con aquellos orientales que se creen el centro del mundo y compay por aquí y compay por allá, con sus cutaras y sus balances. ¡Ay, cómo sufrí en esa tierra! Porque, además, casi todos... *(Se pasa un dedo por la piel del brazo indicando que son mestizos)*. Ya tú sabes. A lo que iba; cuando llegaba el tiempo muerto nos metíamos en casa de Sendo, año tras año, a llenarnos la barriga a costa de mi hermano. Sí, aquella casa era un hotel, un hotel que Tavito llenaba con su algazara.

TAVITO. ¿Quién me plancha esta camisa?

ANTONIA. ¿De seda?

TAVITO. Seda china. Acabo de comprarla en "La Dichosa".

ANTONIA. ¿Y ese lujo?

TAVITO. Me voy de rumba.

ANTONIA. ¿Me voy o nos vamos?

TAVITO. ¿Quieres venir?

ANTONIA. Lo digo por Delfina.

TAVITO. Ah, la casta Delfina, como todas las novias se queda en su casa llorando de rabia.

ANTONIA. ¿Y por qué no la llevas?

TAVITO. Es huérfana, la pobre, no tiene chaperona. Ya se lo dije, que hable con la Gallega. La Gallega es una chaperona excelente.

ANTONIA. *(En medio de una carcajada)*. No tienes perdón de Dios.

TAVITO. ¿Ah, no? Yo quisiera que tú vieras cómo cuida el dinero de las muchachitas que viven en su casa. Les cuida el dinero, les cuida la ropa, les cuida las camas y las palanganas. Lo único que no les cuida es el cusí cusí. Y creo que también se los cuida, para que les rindan más.

ANTONIA. ¡Degenerado! *(Transición)* Cómo no íbamos a quedarnos desolados. Creo que se mató para castigarnos, para que supiéramos lo que era vivir sin su presencia: una casa que parecía más grande, unos muebles tercos, siempre presentes para herirnos la memoria.

*(Lucinda limpia la vitrola. Sendo da vueltas alrededor de la silla donde estuvo la ropa de Tavito. Se oye el disco "Nely Nely")*.

ANTONIA. ¿Quieres un buchito de café?

SENDO. Bueno.

ANTONIA. Parece que va a llover.

SENDO. Falta que hace.

ANTONIA. Estaba en la ventana mirando para la guardarraya... *(Se interrumpe y se tapa la boca)* El cielo está negro. *(Al público)* Suerte que tenemos el calor, el café y los mosquitos, sino ¿de qué podríamos hablar cuando pasan estas cosas?

ADELA. Cuando pasan estas cosas es cuando se conoce a los amigos. Al entierro fue el pueblo entero. Se llevaba bien con todo el mundo,

para él no había negros ni blancos. El comercio cerró y hasta en "La discusión" salló la noticia. Yo la guardé, aquí la tengo, en la cartera, la traje por si quieren... *(Al público)*. ¿La leo? *(Saca un recorte de periódico amarillento. Lee)* Calabazar del Norte, Julio 15. Como a las dos de la tarde de ayer puso fin a su vida disparándose un tiro, el correcto joven Octavio Valladares López, de 22 años de edad. Su muerte fue instantánea y ha producido un verdadero sentimiento en este pueblo, por pertenecer el extinto a una antigua familia. Se desconoce el móvil de la fatal determinación de nuestro querido Tavito. Rodríguez, corresponsal.

ISMAEL. Nunca habíamos tenido un muerto en casa y todo me llamaba la atención: la caja, las velas y los vecinos con tijeras cortándoles el pabilo. Resultaba una fiesta extraña con ron y chocolate, pero sin alegría. Me daba miedo y me alegraba y era como estar en otra casa, todo era sorprendente y la casa misma parecía distinta. En el momento de salir el entierro recuerdo que me cargaste. Estaba asustado pensando que iba a ver el hueco de la bala. No había ningún hueco. Estaba vestido como para una fiesta. Y se reía, se reía como siempre. En ese momento no sabía como lo iba a extrañar después.

*(Mientras Ismael habla se forma el cortejo que parece avanzar. Los siguientes textos se distribuyen entre distintos actores)*.

Dicen que tuvo una discusión con el padre.

Nadie se mata por eso.

Deudas, le debía a María Santísima.

Es un golpe muy duro.

Un hombre lleno de vida.

Ella se queda con la habilitación hecha.

Buena gente, ¿cómo no!

Y servicial.

Era del cará.

Nunca se sabe.

Un muchacho.

Yo me reía como un bobo con sus cosas.

Sendo está destruido.

Machadista de mierda.

¿Los Valladares? Valladares el viejo nunca tuvo un kilo.

Gente trabajadora. Ya lo, creo.

Suerte.

Y maña. Hay quien trabaja y se queda comiendo tierra.

Maña, sí señor.

ADELA. Sendo iba detrás del carro y a su lado todas las autoridades: el alcalde.

SIRO. Buen canchachán.

ADELA. El teniente.

SIRO. Hijo de puta. Después lo arrastraron por la calle, cuando cayó Machado.

ADELA. El médico del Central.

SIRO. Médico para ricos.

ANTONIA. Avanzaron por el pueblo, cogieron la calle de los álamos que va al cementerio y



- lo enterraron en la tumba donde estaban los restos de papá.
- ADELA. Piro no llegó al cementerio.
- PIRO. No pude llegar. Que un hombre como yo, hecho y derecho, vea un muchacho con una pistola en la mano... ¡Qué mierda!
- ADELA. ¿Qué ibas a hacer?
- PIRO. Lo que hacen los hombres. Quitarle la pistola, arrebatársela de las manos y arrebatárselo a la muerte. No podía seguir, cuando vi la entrada del cementerio se me aflojaron las piernas.
- ADELA. ¿Quieres café?
- PIRO. ¿No se te ocurre otra cosa?
- ISMAEL. Todos se fueron al cementerio. Quedó en la casa el olor marchito de flores pisoteadas, las sillas de tijeras y tía Lucinda.  
(*Lucinda, con la ayuda de Delfina, ordena las sillas.*)
- ANTONIA. (*A Delfina*) Se lo dije: deja eso Lucinda, yo las recojo. Ni sé lo que me contestó. (*Al público*) Me fui para el fondo de la casa y allá me senté. ¡Que se caiga el mundo!
- LUCINDA. Mira que se lo advertí a Sendo: deja al muchacho tranquilo, ya pagará. ¡Ah, no! Allá se fué a gritarle, a insultarlo... ¡Quien sabe las cosas que le dijo detrás de esa puerta! Siempre igual, ¡igual!, se vuelve una furia, hace un disparate y después... (*A Delfina*) Y tú sola. ¿Ahora que te queda? El traje de novia se te pondrá amarillo en una caja, mientras lloras y pasa el tiempo. Al final las mujeres pagamos siempre, porque después ellos se van a la calle, al trabajo, y una sola, en esta casa que ahora me parece enorme.  
(*Delfina llora. Desde las lunetas la Anciana sube al escenario.*)
- ANCIANA. No, no, eso no puede ser así.
- DELFINA. ¿Y esto que es? Nadie me avisó. (*A los otros*) ¿Qué hago?
- ANCIANA. De ninguna manera.
- DELFINA. ¿Usted quién es? (*Al público*) ¿Sigo?
- ANCIANA. Cuando la vi llorar me di cuenta de que no fue así.
- DELFINA. ¿Cómo lo sabe?
- ANCIANA. ¡Cómo no lo voy a saber!
- DELFINA. ¿Usted estaba allí?
- ANCIANA. Toda la noche. Me pasé toda la noche sentada al lado de Lucinda sin derramar una lágrima. De vez en cuando ella me agarraba una mano y decía: Ay, ese traje de bodas que no te vas a poner nunca.
- DELFINA. Entonces usted... (*Hace referencia a sí misma, al papel que interpreta.*)
- ANCIANA. Sí. Delfina.
- DELFINA. Y yo quiero ser Delfina.
- ANCIANA. Por eso se lo digo: no puede llorar.
- DELFINA. Me alegra que haya venido.
- ANCIANA. Llegué tarde.
- DELFINA. No importa, podemos hablar. Para mí es muy importante, usted puede darme detalles, decirme cosas. Mi papel puede quedar brillante sabiendo cómo era, conociendo a fondo...
- Perdóneme, soy tan egoísta. Pero ¿sabe? cuando uno tiene un buen papel no piensa en otra cosa.
- ANCIANA. ¿Un buen papel? ¿Yo soy un buen papel?
- DELFINA. ¿Usted? ¡No sé! Yo tengo un buen papel, que es ser usted. Ah, no me haga caso. ¿Qué me decía?
- ANCIANA. Que llegué cuando habían empezado y no los quise interrumpir. Me quedé sentada en la oscuridad. Todo lo que hacían, aunque no fuera exacto me traía un recuerdo. Pero cuando la vi llorar no pude quedarme callada. No, yo no lloré. Me quedé días y días sin poder llorar. Casi no hablaba, comía lo que me ponían delante... No, no sabía... Hasta una noche. Esa noche lo vi entrar en mi cuarto con la pistola en la mano, me apuntaba, me amenazaba con ella, me apuntaba, no al corazón, no, me la pegaba al cuerpo, pero no me daba miedo, me reía, una risa incontenible. Y parece que empecé a reirme dormida. Cuando me despertaron entonces me eché a llorar y estuve llorando ni sé cuanto tiempo. Así fue.
- DELFINA. Pero sí no lloro no sé qué hacer.
- ANCIANA. Quédese quieta, inmóvil, como si no entendiera nada.
- DELFINA. Pensando... (*Estudia las posibilidades del papel*) Sí, claro.
- ANCIANA. Se acepta que la abracen, no se devuelven los besos, no se oyen las palabras de pòsame. Uno no sabe. Hasta después, cuando pasan los días.
- DELFINA. Habrá sido muy doloroso.
- ANCIANA. Me quedé con la habilitación hecha, toda de olán; las sábanas marcadas, las fundas con encajes, las camisas de noche... Tenía un vestido de tornaboda que era una preciosidad: organza color mandarina, todo bordado al pasado con unos ramilletes y una berta.
- DELFINA. ¿Y el traje de bodas? (*Al utilero*) ¿Dónde está el traje de bodas?
- (*El utilero trae una caja. Mientras la Anciana habla Delfina la abre, saca el velo y se lo pone.*)
- ANCIANA. Una mañana abrí el escaparate y lo vi: blanco ¡blanco blanco!, lleno de encajes, tules, perlas y botones de nácar; el velo era enorme, adornado con azahares traídos de la Habana y el ramillete... (*Se queda en silencio. Delfina le enseña el traje que ha sacado de la caja.*)
- DELFINA. Tenemos el traje de bodas.
- ANCIANA. ¿Para qué? Yo nunca lo usé.
- DELFINA. Pensamos que podría haber una escena en que... ¿Le molesta?
- ANCIANA. No, me gusta vérselo. ¡Qué maravilla el teatro! De pronto usted tiene puesto algo que yo no usé nunca. Y se podría cambiar la historia y nos casaríamos y tal vez Octavio no pelearía nunca con su padre y todo sería distinto y yo...
- DELFINA. ¿Quiere ponérselo?
- ANCIANA. Yo no. Yo no lo usé nunca.



DELFINA. Por probar. Como un juego.

ANCIANA. No, yo no puedo jugar con eso. Dejaría de ser yo. Mi juego es no ponérmelo.

DELFINA. Pruebe, puede vivir una vida distinta.

ANCIANA. De mentiras..

DELFINA. *(Dubitativa)* Sí. *(Silencio. Delfina se quita el velo. La anciana lo coge y lo acaricia).*

DELFINA. ¿Y por qué...? Perdóneme, si quiere no me contesta, pero la pregunta que le voy a hacer es importante para mi trabajo de actriz. ¿Por qué no se casó después?

ANCIANA. ¿Casarme?

DELFINA. ¿Nunca tuvo otro novio?

ANCIANA. Octavio fue mi único novio. Llevamos tres años de relaciones. Durante ese tiempo... *(Repentinamente)* Me arrepentí, toda la vida me arrepentí. El quería, me lo exigía con una violencia que me enardecía. Una noche estuve a punto de ceder. Estábamos en el portal, detrás de la enredadera... Me abrazó como siempre y me habló al oído. Sabía mucho. ¡Ah, sinvergüenza, cómo sabía! Estuve a punto de abandonarme, no podía resistir su boca diciéndome cosas que casi no oía. Un murmullo en la oreja que me volvía loca. *(Transición)* No puedo, no puedo contar estas cosas.

DELFINA. Siga, siga.

ANCIANA. Esto no se lo he dicho a nadie.

DELFINA. Dígamelo a mí. Yo soy como usted misma. Como si hablara consigo misma.

ANCIANA. Ni a mí misma, A veces ni a mí misma.

DELFINA. Pero le hace daño.

ANCIANA. Ya no. ¿Cómo va a hacerme daño? Ya todo pasó.

DELFINA. Las cosas que no se dicen se le quedan a uno dentro, como un nudo que hay que romper, porque si usted sigue pensando...

*(Desde hace rato la Anciana no la oye. Se aleja pensativa y mira la victrola, la acaricia. Lucinda se acerca y la limpia con un paño como en la escena anterior).*

LUCINDA. ¿Qué hacen ahí? Váyanse, váyanse a jugar a otra parte. ¿No respetan nada? ¿Cuántas veces les he dicho que eso no es para jugar? Quiten las manos sucias de encima de ese mueble. Dios mío, con lo que le gustaba. *(A la Anciana)* La limpio siempre, cada semana la sacudo bien y después le paso la bayeta. ¡Fíjate como brilla! Me han dicho que hay un líquido muy bueno para la madera. Tiene cera, dicen. Voy a comprarlo.

ANCIANA. ¿Y no la toca nunca?

LUCINDA. ¡Nunca! ¿Tú crees que suene todavía? Los sobrinos de Sendo ¡malcriados!, vienen y registran, cogen los discos... ¡unos salvajes! ¡A ese Ismael lo voy a matar! *(Pausa)*. Me gustaría oírla, algunas veces he pensado que un día cuando no haya nadie en la casa voy a poner un disco, aquél que le gustaba tanto. ¿Te acuerdas? "Nely, Nely, te quiero".

*(Las dos cantan unas líneas de la canción. Después se quedan calladas un momento).*

LUCINDA. ¡Qué bien te has portado! Pudiste haber te echado otro novio, casarte, tener familia...

ANCIANA. ¿Para qué?

LUCINDA. Eso digo yo: ninguno hubiera sido como él. La gente no puede decir de ti ni un tanto así. Puedes sentirte orgullosa. Hace unos años ese imbécil de los Tápanes estuvo hablando mal de ti, haciendo alardes en el Casino, me lo vinieron a contar. Nadie le hizo caso.

ANCIANA. ¿Quién le iba a hacer caso? Todo el mundo me conoce y sabe cómo he vivido. Todo el mundo sabe cómo he vivido.

*(La Anciana vuelve hacia Delfina. Lucinda sigue limpiando la victrola mientras baja la luz en su zona).*

DELFINA. ¿Entonces nunca tuvo otro novio?

ANCIANA. ¿No lo oyó? Lo repiten: se quedó con la habitación hecha. Nunca tuvo otro novio.

DELFINA. Habrán sido años muy duros. ¿Y a él cómo lo recuerda?

ANCIANA. Recuerdo los retratos. Ese que trajo Antonia en que está recostado a la baranda del portal. ¡Qué bien se ve! Tengo en mi casa otro en que estamos juntos, un día que fuimos a una romería.

DELFINA. ¿Pero y a él?

ANCIANA. A veces recuerdo cómo se reía. Nada más. *(Transición)* ¡Qué estúpida! ¡Qué mujer tan estúpida fui siempre! Esa noche en el portal podía haber dicho que sí. Me moría por él, apretarlo, que me desnudara, besarle el cuello, sentir sus manos...

DELFINA. Y no se atrevió.

ANCIANA. No, no me atreví. Yo tenía veinte años y para mí era un orgullo llegar virgen al matrimonio. *(Delfina sonríe)* ¿Le da risa?

DELFINA. No. Pensaba como cambian los tiempos.

ANCIANA. Sí. Me han dicho que las muchachas, ¡hasta las de quince!, usan anticonceptivos o se hacen un aborto, un legrado, dicen ahora.

DELFINA. Es una actitud más sana y resuelve muchos problemas: biológicos, psicológicos... ¿no cree?

ANCIANA. Me parece una desvergüenza. Tengo una sobrina que se ríe con una desfachatez que me saca los colores. Un día, sin que ella lo supiera la oí conversando con una compañera de estudios. Las cosas que dijo me parecieron repugnantes.

DELFINA. Es que la educación ha cambiado y los muchachos hablan de todo con gran naturalidad.

ANCIANA. No me pareció que hablara con naturalidad. Hablaba con lascivia.

DELFINA. Tal vez usted no entendió...

ANCIANA. Le voy a contar algo para que usted no crea que yo soy una vieja pacata.

DELFINA. Yo no he dicho en ningún momento...

ANCIANA. Sí, lo piensa. Todas esas preguntas llenas de curiosidad nada tienen que ver con



el teatro. ¿No quiere que yo sea sincera? Vamos, mi sinceridad a cambio de la suya. ¿No piensa que yo soy una vieja pacata?

DELFINA. *(Después de un momento)*. Sí.

ANCIANA. Yo le voy a demostrar que no. Parece que ahora la gente no vive sino para pensar en dos cosas: la ropa que se ponen y las relaciones... ¡amorosas! Digo amorosas para no llamar al pan pan y al vino vino. Una cuestión de educación. Yo también tuve relaciones... amorosas. Ya había pasado el tiempo. Un tiempo. Cinco o seis años, tal vez más. Todavía lo recordaba. No los retratos como ahora, no, en aquel entonces todavía recordaba el calor de su mano en mi espalda mientras bailábamos, recordaba el perfume de la vaselina que se ponía en el pelo. Y cada día me arrepentía de haber sido tan decente aquella noche en el portal. Un hombre empezó a rondarme, uno de los Tápanes. Me escribía cartas, se paraba en las esquinas por donde sabía que yo pasaría. Un día, aniversario de la muerte de Octavio, se atrevió a esperarme en el cementerio cuando fui a llevarle flores. ¡Diga unos insultos, grítelos!

*(Mientras la escena sucede un utilero trae un ramo de flores de papel que le entrega a Delfina.)*

DELFINA. ¿Qué quiere?

ANCIANA. ¿Usted no es Delfina?

DELFINA. ¿Delfina?

ANCIANA. Sí, claro. Usted es Delfina y vienen a enamorarla en la tumba de su novio muerto. ¡Inúltelo!

DELFINA. ¿Y usted qué le dijo?

ANCIANA. Le dije: ¿no le da pena?

DELFINA. ¿No le da pena? ¿No me ve con estas flores?

ANCIANA. Con más furia.

DELFINA. ¿No me ve con estas flores? Usted sabe que son para mi novio muerto y viene a esperarme aquí, en el cementerio, en su tumba.

ANCIANA. ¡Desvergonzado!

DELFINA. ¡Desvergonzado! ¿Qué va a conseguir con eso? ¡Nada! ¿Lo oye? De mí no va a conseguir nada. Y que sea la última vez que vuelva a encontrármelo en mi camino. No quiero verlo más. ¡Nunca más!

ANCIANA. ¡Tírele las flores!

*(Delfina las tira y llora.)*

ANCIANA. Tal vez me haya entendido mejor. *(Pausa)* Pues ahí no acabó. Insistió. Tanto insistió que le di entrada, me visitó varias veces, con discrección, claro. Y una tarde que yo estaba sola en la casa, cuando vine a ver, sin saber cómo, estábamos abrazados. Esa vez me dejé llevar y fue allí mismo, en la sala. La torpeza le impedía subirme el vestido. Estaba nervioso, las manos le sudaban. Se le trabaron los botones del pantalón y no atinaba a desabrocharlo. ¡Qué grotesco! ¡Qué grotesco fue aquello! Al fin todo terminó. Le dije que se fuera. Ha-

blaba y hablaba y hablaba. Yo no lo oía, le di un empujón, tiré la puerta de la calle y corrí al baño. ¡Qué asco. Dios mío! Estaba pegajosa, baboseada, llena de saliva. ¡Qué repugnancia! Me di un baño tan largo que por poco gasto toda el agua de la casa. ¿Era eso? ¿Eso era lo que Octavio me pedía? No, eso no podía ser. *(Pausa)* Me alegro de no haber manchado mi amor por Octavio con un acto tan primitivo. Animales salvajes, sí, porque los animales amaestrados se comportan de otra manera.

DELFINA. Las gatas chillan.

ANCIANA. Cuando están operadas, no.

DELFINA. Pero eso es antinatural y... *(Se contiene)* Una mala experiencia.

ANCIANA. ¿Nada más? *(Delfina se encoge de hombros)* No, no volví a pensar en casarme. No volví a tener otro novio.

*(Delfina recoge las flores del suelo.)*

DELFINA. Tal vez no era el hombre para usted.

ANCIANA. ¿Piensa que debía haber probado una segunda vez?

DELFINA. El cuerpo está hecho para eso.

ANCIANA. Yo creo que está hecho para cubrirlo con mucha ropa.

DELFINA. Vivimos en dos mundos distintos.

ANCIANA. Como el día y la noche. Aprenda a entender el mío, sino le va a ser difícil hacer bien mi papel.

*(La Anciana camina hacia otra parte. Antonia y Adela van a su encuentro.)*

ANTONIA. ¡Delfina! No quisimos interrumpirte.

ADELA. ¿Discutían, eh?

ANCIANA. Esta gente joven...

ANTONIA. Han sacado a relucir cosas que... ¡No sé para qué!

ADELA. Yo lo dije desde que llegué. Lo van a cambiar todo. Y nadie me hizo caso. Claro, como yo pienso como pienso.

ANTONIA. Adela, no empieces.

ADELA. Siempre igual.

ANTONIA. ¿Igual de qué?

ADELA. Yo sé lo que digo.

SIRO. Adela, estoy cansado ya.

ADELA. ¿Y te vas?

SIRO. Cansado de oírte criticándolo todo. Nada encuentras bien, todo te parece un desastre. Quiero ser comprensivo porque eres de la familia, pero ya no aguanto más.

ISMAEL. ¡Papá!

SIRO. Déjame, Ismael.

ADELA. Y la vas a coger conmigo que soy una pobre mujer inválida.

SIRO. Y ahora se hace la víctima.

ANCIANA. Yo me voy.

SIRO. Quédate, Delfina. Yo creo que llega un momento en que no se puede seguir con paños tibios.

ANCIANA. ¿Y yo qué tengo que ver?

SIRO. ¿No viniste a contar tu parte? ¿Tu dedicación, tu entrega a su recuerdo? Bueno, yo quiero que oigas también cuales son mis recuerdos.



ANTONIA. Siro, no tienes que ponerte así.

SIRO. Sí, Antonia, ahora cuando me oigas vas a ver que sí tengo que ponerme así. Ustedes hablan de... ¡la casa! Recuerden las frutas, el olor de las flores... Mi casa no era así. La casa donde Lucinda y yo nos criamos no era así. Eramos muchos. En las casas pobres siempre sobra gente y faltan camas, por eso yo dormía con mi hermana Lucinda. *(Pausa)* Yo los había visto juntos. ¿Ven que yo también tengo cosas duras que decir? Era mi hermana, pero es verdad, y tengo que contarlo. Sendo llegaba después que todos estábamos acostados y tocaba en la ventana. Lucinda la abría y saltaba hacia el patio. Yo era tan chiquito que no alcanzaba a la ventana, pero una vez arrastré una silla y me subí para ver. La vi correr hacia la mata de aguacate donde Sendo la esperaba escondido en la sombra. ¡Me cago en diez! *(Pausa)* Una noche Sendo tocó con más urgencia. Cuando Lucinda abrió se quedó clavada allí. Me subí a la silla y lo vi. Había luna. La camisa le chorreaba sangre.

LUCINDA. *(En susurro)* ¿Estás herido?

SENDO. No. Sal.

LUCINDA. ¿Qué ha pasado?

SENDO. Sal. Ahora te lo cuento.

LUCINDA. *(A Siro)* Tú te callas. Duérmete, duérmete como si no hubieras visto nada.

SIRO. ¿Cómo iba a dormir después de lo que había visto?

*(Lucinda y Sendo caminan hacia otra parte del escenario).*

LUCINDA. Estás herido.

SENDO. No.

LUCINDA. Sí, aquí, en el brazo.

SENDO. Eso es lo de menos. Tienes que ayudarme.

LUCINDA. ¿Qué puedo hacer yo?

SENDO. Lávame esta camisa.

LUCINDA. Quitátela. ¿Qué pasó?

SENDO. Funche, el negro de "La Margarita".

LUCINDA. ¿Qué pasó?

SENDO. Está muerto.

LUCINDA. ¿Lo mataste?

SENDO. El tuvo la culpa. Se lo dije, cansado estaba de decirselo.

LUCINDA. ¿Y ahora qué vas a hacer?

SENDO. Nadie me vio.

LUCINDA. Pero todo el mundo sabe que tú tenías problemas con él.

SENDO. ¡Nenro de mierda!

LUCINDA. ¿Discutieron?

SENDO. Se lo había dicho: no dejes que los animales se metan en el potrero, no los dejes, que me vas a buscar un problema. Ah, pero no. Ahí estaban otra vez. Y yo no soy el dueño, pero soy el mayoral y tiene que hacerme caso.

LUCINDA. Te lo dije, te lo dije, no cojas esa furia.

SENDO. ¿Y qué voy a hacer? ¿Voy a perder mi trabajo?

LUCINDA. Mira ahora en lo que estás metido.

SENDO. Uno tiene que cumplir con su obligación. El dueño me lo advirtió. Me llamó y me dijo: Valladares, no puedes permitir que esos animales se coman el pasto. Y me lo dijo porque yo soy el mayoral y quería que no volviera a pasar. Muy claro me lo dijo. Hablé con Funche cien veces, pero ese negro se cree más vivo que nadie. Dice que los animales se le escapan. El mismo los trae porque no tiene pasto en su sitio.

LUCINDA. ¿Y tú vas a matar a un hombre porque unas reses se comieron una yerba que no es tuya?

SENDO. ¿Qué tiene que ver la yerba?

LUCINDA. Eso dijiste.

SENDO. Es la responsabilidad. Yo soy mayoral y tiene que respetarme y si yo le digo a ese negro que los animales no pueden entrar es que no pueden entrar.

LUCINDA. ¿Y tú estás seguro de que... lo mataste? Puede que sólo esté herido.

SENDO. No. Está muerto.

LUCINDA. Tú que sabes, a lo mejor...

SENDO. Me encontré con él en la cerca, donde la cerca está rota y por ahí deja que se cuelen los animales. Me encabronó verlo tan tranquilo, sentado en una piedra pelando una caña. Dale y dale con el cuchillo, pelando la caña, tan fresco como si nada. Cuando vinimos a ver estábamos discutiendo. Lo mandé al carajo y me amenazó, sí, me amenazó con el cuchillo. Yo no puedo permitir que un negro venga a amenazarme. Le fui arriba hecho una furia y le di un machetazo en el muslo. Me hirió aquí. Y ya después tiré y tiré y tiré, ¡coño! y de pronto estaba en el suelo y yo le daba... *(Levanta el brazo como si manejara un machete y hace una y otra vez el gesto de golpear. Se interrumpe. Mira a Lucinda; ella está aterrada).* Fue culpa de él. Dejó que los animales se metieran, rompió la cerca. Yo soy mayoral ¿oíste? y tengo que cumplir con lo que me piden.

LUCINDA. Cuando te entra esa rabia te vuelves loco y no sabes lo que haces.

SENDO. Me lo dijo, el dueño me lo dijo: haga lo que sea, así mismo, lo que sea, ¿lo oíste?, ¡lo que sea!, pero no quiero ni una chiva metida en mi finca.

LUCINDA. Y lo mataste.

SENDO. Sí, a machetazo limpio.

*(En otra parte del escenario).*

ANTONIA. Ahora sí que me voy.

SIRO. ¡Antonia!

ANTONIA. ¿Por qué lo cuentas?

SIRO. Estamos hablando de Sendo y eso lo trata. Cuando se volvía una furia no sabía lo que hacía. Por eso insultó a Tavito aquel día.

ANTONIA. Lo regañó, como cualquier padre regaña a un hijo.

SIRO. No. Perdía la cabeza y no sabía lo que hacía. Y mató a Funche.

ANTONIO. No fue así. Oí los cuentos en mi casa.

SIRO. ¿Y cómo lo contaban en tu casa? ¡Dime!



ANTONIA. No como tu lo cuentas. Terminó la guerra y unos años después todo estaba revuelto. Los mismos soldados americanos que estaban acampados por los alrededores hacían horrores y había bandoleros dondequiera. Allá por el año 1905 ó 1906, no sé bien, Sendo tenía que cuidar aquella finca, y el trabajo de mayoral no era sólo la siembra, no, había hambre y la gente entraba en las fincas y acababan con todo: robaban, mataban animales y en algunos casos mataron a los dueños. Todo el mundo lo sabe. Sendo cumplía órdenes.

SIRO. Y lo mató a machetazos.

ANTONIA. Salió absuelto, Siro. Estuvo preso mientras esperaba el juicio y después salió absuelto.

SIRO. Está bien. Salió absuelto porque tenía padrinos. Pero lo mató.

ANTONIA. Sí, lo mató.

SIRO. Y Tavito lo sabía.

ANTONIA. Porque tú se lo contaste.

SIRO. Yo no. Se lo contaron y él vino a preguntarme.

ANTONIA. ¿Y qué le dijiste?

SIRO. Lo engañé, Antonia, lo engañé. No le dije la verdad, puedes estar segura. Pero no sé si me creyó.

*(Suena el pito de un tren. Se oye el tren que se aleja. Todos quedan en silencio un momento).*

ISMAEL. ¿Seguimos?

ANTONIA. ¿Para qué? Parece que no nos ponemos de acuerdo.

SIRO. Alguien sacará una conclusión. *(Pausa)* Cuando la gente habla del tiempo de Machado siempre recuerda la harina. Yo comí harina antes y después. Siempre comí harina. Pero nunca vi tanta sangre.

ISMAEL. Cuando Batista fueron 20 mil muertos.

SIRO. Ah, sí, Batista. Ayer; como quien dice. Lo de Machado fue hace tanto tiempo que ya casi es leyenda: el palmacristi, las torturas, los cadáveres sin lengua, los cadáveres flotando en la bahía, el asesinato de Mella. ¡Para qué hablar!

ANTONIA. ¡Tanta sangre!

SIRO. Sí. Así vivíamos. Yo recuerdo que veía venir una pareja de la Guardia Rural y me erizaba. ¡Qué lindos caballos, caray! Y que un animal tan hermoso llevara encima aquellas bestias. ¿Tú te acuerdas, Ismael, de los caballos de la Guardia Rural?

ISMAEL. Como no.

ANTONIA. Me sentaba en el portal y los veía pasar, chan chan, las herraduras sonando. Y ellos allá arriba, con los fusiles. Un sargentico me estuvo enamorando. ¡Por nada del mundo! Nunca quise nada con militares. Tenía una cicatriz en la mejilla.

SIRO. El sargento Pedroso.

ANTONIA. Ese mismo.

SIRO. ¡Asesino! Mató al hijo de Eusebio Benítez.

ISMAEL. ¿Fue él?

SIRO. Él y dos más. *(Al utilero)* A ver ¿dónde está la camisa?

UTILERO. ¿Qué camisa?

SIRO. La camisa manchada de sangre. Tráela.

*(El utilero sale a buscarla).*

ANTONIA. ¿No te parece que basta ya de sangre?

SIRO. No. Yo quiero que la vean.

*(El utilero le entrega la camisa a Siro).*

SIRO. Esta es la camisa del hijo de Eusebio Benítez. Aquí están los huecos por donde entraron las balas. Cinco balazos para matar a un muchacho de veinte años.

ISMAEL. ¿Y eso cuándo fue?

SIRO. Más o menos en la época en que murió Tavito.

ANTONIA. Sí, me acuerdo que tú viniste a hablar con Sendo.

SIRO. Porque los vi pasar. Vi al sargento y a los otros dos pasar para el sitio de los Benítez.

*(Sendo se acerca y le habla a Siro).*

SENDO. ¿Tú los viste?

SIRO. Sí, los vi.

SENDO. Bueno, tendrán que dejar el sitio.

SIRO. ¿Qué pasa?

SENDO. No han podido pagar la hipoteca. Van a desalojarlos.

SIRO. Ese Pedroso es una bestia.

SENDO. Siro, cuidate lo que hablas.

SIRO. Todo el mundo lo sabe.

SENDO. Yo no sé nada.

SIRO. ¿Por qué no les das otro plazo?

SENDO. ¿A los Benítez? ¿Hasta cuándo?

SIRO. No tienen dinero.

SENDO. Llevo dos años dándole prórrogas. Y que ahora y que dentro de seis meses, ¡y nada!

SIRO. Con el azúcar a menos de dos centavos como van a poder pagar.

SENDO. ¿Y a mí me la pagan mejor?

SIRO. No hay comparación. Entre tú y...

SENDO. Ustedes siempre le encuentran justificación a todo. Oyéme Siro, si yo tengo la tierra que tengo es porque tú sabes que me mato trabajando, porque no pido un centavo prestado, y si la zafra es mala y no puedo moler toda la caña mis hijos no se compran una muda de ropa aunque anden en andrajos. Porque el Central no me resuelve mi problema, ¡no!, el Central quiere estrangularme para que yo le venda la tierra que es mía. Pero se va a joder, porque yo no vendo ni una vara de esa tierra, ni un puñado siquiera.

SIRO. Eso mismo debe pensar Eusebio Benítez.

SENDO. Muy bien, que no venda. Que pague lo que debe ¡y ya!

SIRO. Sendo, no seas injusto.

SENDO. Injusto yo. Y eres tú quien me lo dices.

Con el hambre que te mato, con el hijo que te crío, con la casa que te he dado.

SIRO. No me saques lo que me das.

SENDO. Así que yo soy injusto. ¡Injusto! Mira, Siro, quitateme delante porque tú sabes bien que cuando yo me ciego no sé lo que soy capaz de hacer.



LUCINDA. ¡Sendo!

SENDO. Ahí lo tienes: tu hermano Siro. Ahora resulta que yo soy injusto con Eusebio Benítez.

SIRO. Lo van a desalojar y tú lo permites.

LUCINDA. ¡Cállate, Siro!

SENDO. Llevo dos años dándole plazos. Podía haber hecho así ¡ra! y cogirme esa tierra, ¡es-trangularlos! Ah, no. Les dije que no tenían que irse, que me traspasaran la propiedad de la tierra y se quedaran allí trabajando. ¿Eso es injusto?

SIRO. Ellos también quieren tener su tierra.

SENDO. Ahora se unen. Ahora todos esos muertos de hambre se unen contra mí. Y tú con ellos.

SIRO. ¿Y tú con quién?

SENDO. Con nadie. Yo con nadie. Luchando por sobrevivir. Porque el Central quiere mis tierras y tengo que defenderlas. Porque ese mister me ha hecho proposiciones muy ventajosas, Siro, porque mis tierras colindan con las del Central y a ellos les interesan.

SIRO. Y las de los Benítez están al lado de las tuyas y tú las quieres.

SENDO. ¡Carajo!

SIRO. Y los van a desalojar.

SENDO. Yo acudí a la ley.

SIRO. Una ley que se cumple a plan de machete y palmacristi.

SENDO. Ya te dije que te calles, Siro.

SIRO. ¿No puedo hablar?

SENDO. Contra el gobierno, no.

SIRO. Muy bien, entonces me voy, Sendo. Porque lo que tengo que decir es tanto que se me llena la boca y hay momentos en que hablo o exploto.

SENDO. Porque te cogés para ti lo que no te va ni te viene. ¿Qué te ha hecho Machado a ti? Díme, contra ti directamente ¿qué ha hecho?

SIRO. Me ha hecho un cobardé. ¿Tú quieres cosa peor para un hombre que saber que no puede pararse frente a otro y decirle lo que piensa?

SENDO. ¿Pero... pero qué cosa estás diciendo?

SIRO. Eso. Cuando hablo con uno de ellos me parece que está adivinando lo que pienso, descubriendo en mis ojos el odio con que lo miro. Si la guardia rural pasa cerca de donde estoy, sudo frío. Cuando veo un porrista en una acera cojo por la otra. Un hombre no puede vivir así, Sendo. Eso es no tener dignidad. ¿Tú sabes lo que estoy diciendo?

SENDO. Cuando uno quiere salvar algo, tiene que sacrificar otras cosas. Ah, tú lo sabes. Sacrifica tu dignidad.

SIRO. Cuando un hombre tiene ganas de escupir y traga, esa saliva lo envenena.

SENDO. A veces, sí.

(*Afuera se oyen voces que llaman: ¡Valladares, Valladares!*)

SENDO. ¿Qué pasa?

LUCINDA. Te están llamando.

SENDO. ¿Quién es? (*En voz alta*) ¿Qué pasa?

LUCINDA. Son unos guardias.

SENDO. Ve a ver quiénes son.

SIRO. Me voy.

SENDO. No salgas ahora, Siro. Quédate aquí.

SIRO. ¿Qué pasa?

SENDO. No sé.

LUCINDA. (*Entrando*) Es el sargento Pedroso.

SENDO. (*En voz alta*) Sargento, pase, pase para acá, hombre. No hay cumplidos.

(*Entra el sargento Pedroso con dos soldados.*)

PEDROSO. Buenas tardes.

(*Siro responde con un movimiento de cabeza.*)

SENDO. ¿Usted conoce a Isidro, mi cuñado?

PEDROSO. Sí. ¿Cómo va eso?

SIRO. Campana.

SENDO. Lucinda, trae un buchito de café.

PEDROSO. No se moleste. Nos vamos rápido.

SENDO. ¿Pasa algo?

PEDROSO. Ah, esta vida. No se gana para disgusto, Valladares.

SENDO. ¿Qué hay ahora?

PEDROSO. Donde menos uno lo piensa surge un problema. Y mira que se lo dije: tranquilo, muchacho, tranquilo.

LUCINDA. ¿Le pasó algo a Tavito?

PEDROSO. No. El hijo de Eusebio Benítez: ese muchacho no tiene cabeza. Tranquilo, muchacho tranquilo, que te vas a desgraciar. Pues nada. Fuimos cumpliendo órdenes del teniente, había que sacarlos de allí. Usted lo sabe bien, Valladares. No pueden, esa tierra ya no es suya y hay que cumplir las leyes. ¿Cómo no van a cumplir las leyes? Les lei la orden de desalojo. Y allá van los insultos, y las malas palabras y la gritería de las mujeres. ¡Siempre lo mismo! Y ese cabrón muchacho me saca una pistola.

SIRO. ¿Una pistola?

PEDROSO. Sí, una pistola. ¿Usted lo duda?

SIRO. ¿Ese muchacho?

PEDROSO. No es ningún muchacho. Porque en esa casa había armas ¿sabe?, porque allí se conspira contra el gobierno, porque allí insultaron al general Machado.

SOLDADO 1. Gritaban, gritaban como locos.

SOLDADO 2. Y le mentó la madre al sargento.

PEDROSO. Lo cojo, carajo. No digo yo si había armas. Había armas y había propaganda contra el gobierno. Y eso lo voy a presentar yo al cuartel. Y estos dos lo vieron. ¿No lo vieron?

SOLDADOS. Sí, sargento.

PEDROSO. Me amenazó con la pistola, y disparé.

SOLDADO 1. Y le gritó.

SOLDADO 2. Como un loco.

PEDROSO. Tuve que disparar.

SOLDADO 1. Si el sargento no anda rápido lo liquidan.

PEDROSO. Disparé. ¿Qué iba a hacer? Tuve que disparar.

SOLDADO 1. No le quedó otro remedio.

PEDROSO. Tiene cinco balazos en el pecho.

SOLDADO 1. Cinco troneras.

SIRO. (*Casi un susurro*) Asesino, asesino...



PEDROSO. ¿Pero qué dice ese hombre?

LUCINDA. Siro, Siro.

SIRO. Asesino.

LUCINDA. Ven, Siro, vamos para la cocina.

PEDROSO. *(A los soldados)* ¡Agárrenlo!

SENDO. Sargento, mire...

SIRO. Sendo ¿éstos son tus amigos? ¿Esta es la ley que tú propones?

PEDROSO. No, Valladares, esto sí que no.

SENDO. Oígame, sargento, oígame. ¡No se ponga así!

PEDROSO. ¿Usted se responsabiliza con eso? ¿Con lo que este hombre acaba de decir?

SENDO. ¡Sargento!

PEDROSO. ¡Respóndame! *(Sendo mira a Siro y baja la cabeza)* Es mucho, Valladares, mucho lo que hay que aguantar. ¿Usted cree que yo no veo cómo me miran? Les brilla el odio en los ojos. Quisieran acabar con nosotros. Me ven en una acera y cogen por la otra. Pero esto se acaba. Porque esto es una guerra: o ellos o nosotros.

SIRO. Me llevaron al cuartel y por poco acaban conmigo a patadas. ¡Pero hay que ver lo que resiste un hombre! Mi odio fue tanto que les perdí el miedo: dos meses después estaba metido de lleno en la lucha contra Machado. *(Antonia solloza. Siro se acerca y le acaricia la cabeza)*.

SIRO. Lloro, Antonia, lloro. Se te ha roto el retrato que guardabas de tu hermano. Pero Pedroso tenía razón, aquello era una guerra: o ellos o nosotros. Y al final, nosotros hemos ganado la guerra.

*(Se oyen voces fuera de escena que dicen los textos siguientes).*

Maní, maní caliente. Caliente y tostadito.

Velas, velas de Santa Teresa que queman hasta el cabito.

¡Velas! ¡Clavelones! Se queman hasta el cabito.

Maní. Calientico y tostado. Maní.

Tamalitos, mira qué rico llevo los tamalitos.

Flores... ¡Flores!

Si lo prueba se lo come entero. Bollitos.

¡Pruébalo!

Maní.

Clavelones. Azucenas acabaditas de cortar. Azucenas.

Maní.

*(Mientras se oyen los pregones un utilero trae una vela encendida y la coloca en el suelo. Los actores traen velas y las colocan junto a la primera, encendiéndolas. Lucinda y Delfina entran con ramos de flores que dejan junto a las velas. Sendo aparece por un lado del escenario y por el otro Tavito, quedan frente a frente).*

LUCINDA. Hoy son los fieles y vengo a verte como todos los años.

SENDO. Estás ahí, tan cerca y no puedes oírme. Lo hice todo por tí; yo quería que tuvieras paz y que tuvieras tierras y que te respetaran. Te lo ofrecí todo. ¿Qué más?

DELFINA. No me querías. Tu no me querías. Ocultavo. Decías que morirías por mí, y que viviríamos siempre juntos. Que seríamos inseparables. Y todo lo olvidaste y levantaste la pistola contra mi amor y te fuiste.

SENDO. Si pudieras oírme, ay, si pudieras. Nos encerramos y hablamos y te grité, pero no encuentro una razón. Todo tiene remedio menos levantar una pistola y después...

PIRO. ¿Por qué no esperaste un momento? Un momento nada más y yo hubiera tenido tiempo de arrearte la pistola y ahora no estaríamos aquí.

LUCINDA. Te traigo flores y te enciendo velas y detrás de la puerta de tu cuarto he puesto un vaso de agua y nada me consuela. Limpio la victrola, ¡brilla!, y me despierto a media noche porque me parece que suena. Te gustaba tanto que pienso que vas a regresar a poner un disco. ¿Cómo pudiste olvidar que te queríamos?

SIRO. Para decidirte a coger una pistola y acabar con todo, tiene que haber sido mucho el asco que te daba vivir. ¿O fue la furia?

ANTONIA. Ni una carta, ni una palabra. Nada. Te fuiste en pleno mediodía y nos dejaste solos.

ADELA. A cada rato me siento en el portal y veo pasar a alguien que camina como tú. Me da un estremecimiento.

SENDO. Ahora soy más rico. Tengo más tierra, mucho más. Se la dejaré a tus hermanos y ellos sabrán explotarla y siempre algún Valladares estará cuidándola y tendrá más y más y más...

ANCIANA. No quise acceder y después me arrepentí. Da igual, tú no lo sabes. ¿O sí? ¿Será verdad que existe algo?

SENDO. ¿Por qué despreciaste esas tierras que tenía para tí? ¿Por qué?

LUCINDA. Nunca entenderé por qué lo hiciste.

SENDO. ¿Por qué?

*(Tavito se mueve. Avanza hasta donde están ellos, se acerca, va a contestar).*

TAVITO. *(Canta)* "Nely, Nely, te quiero..."

*(Se va cantando. La luz sube. Los actores comienzan a retirarse lentamente. Sólo quedan en escena Siro, Ismael, Antonia, Adela y la Anciana. Apagan las velas).*

ISMAEL. ¿Estará claro lo que hemos contado?

ANCIANA. Uno siempre se queda con la duda.

SIRO. Traté de contar lo que podía dar una clave.

ANCIANA. ¿Del suicidio?

SIRO. Y de todo lo que lo rodeó.

ISMAEL. Ah, ¿Vas a empezar con explicaciones?

ADELA. ¿Entonces volvemos mañana?

ISMAEL. Sí. Volveremos mañana y contaremos de nuevo cómo se reía y como le gustaba la victrola. Y tal vez encontremos una explicación.

ANTONIA. Tal vez se nos haya olvidado algún detalle del carácter de Sendo.

ISMAEL. Alguna de las mañas que usó para conseguir más tierra.

ADELA. Total. ¿Cómo se llama la cooperativa?



SIRO. Tiene el nombre de un mártir: Eusebio Benítez.

ADELA. Ya ves.

ANTONIA. *(Mirando el teatro)* Después de haber pasado estas horas aquí, ya no me parece tan inhóspito.

SIRO. Y sirvió para contar la historia.

ANCIANA. Eso lo dirán ellos. *(Señala al público)*.

ISMAEL. ¿Todo está dicho?

ANCIANA. Todò está dicho.

ISMAEL. No, nada está dicho. Empiezas a contar el pasado y buscas datos y analizas y encuentras documentos y cartas y testimonios y... Siempre se te queda algo.

SIRO. Es que la vida del hombre es algo inabarcable.

ISMAEL. Inabarcable. La palabra exacta.

ADELA. La diremos mañana.

ANCIANA. La diremos mañana.

SIRO. La vida del hombre es inabarcable.

*(La luz cambia. Los actores se quitan elementos de caracterización: espejuelos, postizos, ropas. Cambian la actitud corporal. Adela baja de la silla de ruedas y se estira).*

ADELA. Y ahora a quitarnos estas ropas.

ANTONIA. Y estas arrugas.

ANCIANA. Algunas no podrás.

SIRO. Ay, cómo me molesta esta camisa.

ANTONIA. *(Al luminotécnico)*. Me dejaste a oscuras en la escena tres.

ADELA. ¿Se me oía bien? Hoy estaba un poco afónica.

ANCIANA. Yo estuve brillante.

ANTONIA. Pues yo tengo la sensación de que la obra estaba lenta.

ISMAEL. Ah, no te preocupes.

SIRO. Bueno, mañana será una función mejor.

---

# Fin

---